

ADMINISTRACIÓN  
LIRICO-DRAMATICA

---

---

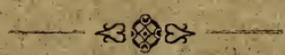
# LA CIENCIA DE LOS HOMBRES

COMEDIA DRAMATICA

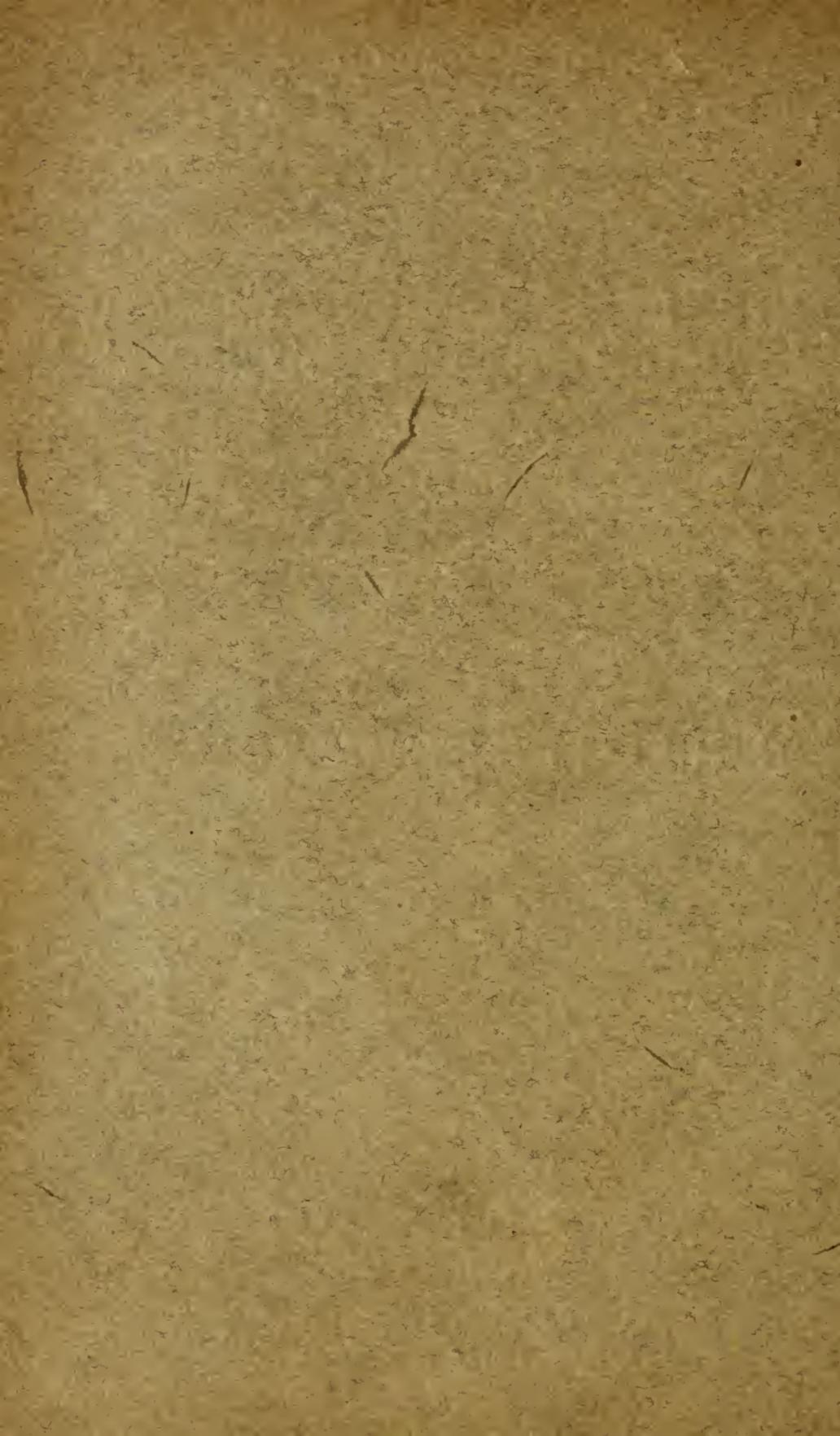
EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES ASTRAY



MADRID  
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO  
1894



**LA CIENCIA DE LOS HOMBRES**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lirico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# LA CIENCIA DE LOS HOMBRES

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES ASTRAY

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 22 de  
Diciembre de 1893

---

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ROSALÍA, hija de.....	SRA. SALA.
AUGUSTA.....	VEDIA.
MARY.....	MARÍ.
SEÑORA DE TRUJILLO.....	PALACIOS.
UNA CRIADA.....	SRTA. CAIRE.
DOCTOR, padre de.....	SR. GÓMEZ.
EDUARDO.....	BUENO.
DON JOSÉ.....	MATA.
CARLOS.....	LÓPEZ.
MARQUÉS.....	PASTOR.
LEOPOLDO.....	AVILÉS.
JUANITO.....	GARCÍA CRUZ.
GARCÍA.....	RUBIO.
UN CRIADO.....	CERNADAS.
CABALLERO 1.º.....	SOTOMAYOR.

---

---

## ÉPOCA ACTUAL

## NOTAS

---

Los versos marcados con asteriscos son los que se suprimieron en la representación.

El movimiento de escena en el acto tercero queda al buen acierto del director, teniendo en cuenta que se trata de un salón de alta sociedad, donde las figuras, en los cuadros de conjunto, pueden y deben moverse á capricho, procurando sólo que no entren en el momento preciso de corresponderles hablar, sino que estén ya en el salón con anterioridad.

---

---

# ACTO PRIMERO

---

El despacho del Doctor.

## ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, sentado al lado de su mesa, leyendo; EDUARDO, en una butaca, leyendo también

Doc. Nada, no encuentro la fórmula, pero tengo la evidencia de que no es una demencia fingida. Tú ayer le viste sujeto á mi tratamiento hace dos meses seguidos, y aquellos ojos hundidos, aquella mirada triste, y aquel temblor de los labios, son una señal segura de un principio de locura lipemaniaca afectiva.

EDUAR. Pero él discurre, razona.  
Doc. ¿Por qué no ha de razonar?  
¿O es que te dejas llevar en la corriente impulsiva de esa opinión que tan sólo juzga, y como á loco trata al loco que dispara?  
Pues estás en un error, porque no llegando al límite en que agobia la demencia la salud y la inteligencia, el loco es razonador.

EDUAR.  
Doc.

Si discurre, ¿es criminal?  
Si es que le falta conciencia,  
es que va á la consecuencia  
de un furor que le arrebató,  
porque se cree un justiciero  
librando á la humanidad,  
porque oye con claridad  
una voz que dice: ¡mata!  
y obedeciendo á la voz  
hiere y desprecia la vida,  
y es asesino ó suicida,  
y siempre es irresponsable.

EDUAR.

Aun anoche, en la academia,  
sostuve yo esa teoría,  
y creí que se caía  
sobre mí aquel honorable  
público. Tantos doctores,  
tanto joven abogado,  
y sólo tuve á mi lado  
á otro compañero mío.  
Si hablaban ellos, ¡qué aplausos!  
más aún, ¡qué frenesí!  
Pero en cambio para mí  
sólo hubo un aplauso frío,  
de cortesía.

Doc.

Adelante.

Cuando la semilla es nueva,  
es la fe del que la lleva  
quien la hace fructificar.  
Discursos, libros, folletos,  
academias, sociedades...  
tú propaga esas verdades  
por doquiera y sin cesar,  
que no está lejano el día  
en que se imponga la lógica  
de esa ciencia antropológica  
que hoy se empieza á difundir.  
Pronto verás que la noble  
aspiración de Beccaria,  
no fué loca y visionaria,  
puesto que se va á cumplir.

EDUAR.

Verdaderamente es grande  
la idea de libertar  
á quien se va á condenar

por un crimen que no es suyo,  
que no es de su voluntad  
libre y única y consciente...

Doc.

A un hombre que es inocente.

AUG.

(Desde la puerta primera izquierda.)

¿Concluyes, hombre?...

Doc.

Concluyo.

## ESCENA II

DICHOS y AUGUSTA

AUG.

Me parece que estáis locos (Entrando.)  
con tanto hablar de locura:  
ya os avisaron dos veces.

Doc.

¿Pero qué prisa es la tuya?

AUG.

Puedes estar descansado,  
no tengo prisa ninguna.  
Eduardo es quien me dijo,  
para ir á no sé qué junta,  
que almorzásemos más pronto.

Doc.

Sí; tienes razón, Augusta.

(El Doctor y Eduardo se levantan y van hacia primera izquierda.)

EDUAR.

Es hoy la vista del crimen  
de la calle de la Luna,  
donde tengo que informar  
sobre el caso de locura  
de que tanto hemos hablado,  
y yo creo que no hay culpa  
en los actos de esa pobre.

Doc.

(Marchándose los dos hacia primera izquierda.)

En absoluto, ninguna:  
la prueba más evidente  
y más fuerte es, sin disputa,  
la que da el mismo sumario...

EDUAR.

Una mujer con fortuna,  
sin disgustos, adorada  
de un marido que no busca  
más goce que el de su hogar  
ni más mujer que la suya...

Doc.

Pues bien: en sana razón (Parándose.)  
no hay en lo humano disculpa,

- ni siquiera hay un pretexto  
que explique esa desventura.
- EDUAR. Matarlo así, á sangre fría, (Marchándose.)  
sin que medie una disputa,  
y dormido, me horroriza.
- DOC. Si en lo humano no hay disculpa,  
busca una causa más alta  
y la hallarás si la buscas.
- EDUAR. ¿La demencia? (Parándose.)
- DOC. Sí; no hay otra:  
sólo un rapto de locura  
con un delirio afectivo,  
te explica un hecho que abruma  
por lo horrible.
- EDUAR. ¿Sin que antes  
se haya notado ni una  
manifestación siquiera?
- DOC. Así, una explosión tan súbita,  
es un caso muy extraño,  
mas no por raro lo impugna  
la ciencia que defendemos;  
y no es rareza que asusta,  
sobre todo cuando existe  
el germen de la locura,  
que es en ella hereditario:  
loca está una hermana suya,  
y su padre.
- AUG. Sí; y nosotros, (Interrumpiéndole.)  
porque pedimos...
- DOC. ¡Augusta!
- AUG. Para las once el almuerzo  
y almorzamos á la una,  
y después la cocinera  
es quien se lleva la culpa...

### ESCENA III

DICHOS y DON JOSÉ que entra por el foro

- JOSÉ Esta tierra es imposible;  
no se puede aquí vivir.
- DOC. ¿Qué te pasa?
- JOSÉ Es increíble.

- Doc. ¿Pero lo quieres decir?  
José Te suplico que me excuses  
si molesto...
- Doc. No, hombre, no.  
José Dí, ¿por qué carga de obuses  
he de ser jurado yo?  
Comandante retirado...
- Doc. Ya lo sé, de artillería.  
José Que me nombrasen jurado,  
¿á mí qué falta me hacía?  
Y, francamente, no sé  
el papel de juzgador.
- Doc. Pero señor don José...  
José Pero querido Doctor,  
es bien poco divertido  
el lance que á mí me pasa;  
si yo en casa me he metido,  
¿por qué he de salir de casa?
- Doc. Vamos á ver si logramos (A Eduardo.)  
ayudarle entre los dos.
- AUG. Está visto, no almorzamos  
en todo el día de Dios.
- Doc. Haz el favor de aguardar  
que en seguida...
- AUG. Sí, en seguida.  
Como os pongáis á charlar...
- JOSÉ Sentiré que mi venida  
cause á ustedes mala obra.
- AUG. No, señor...
- JOSÉ Lo sentiría.
- Doc. Tenemos tiempo de sobra;  
son las once todavía.

(Se va Augusta primera izquierda; Eduardo, que lleva un libro en la mano desde la escena anterior, lee y atiende al diálogo; Augusta, en la puerta, espera que pasen al comedor, y al oír la última frase, convencida de que aún hay para rato, se marcha.)

## ESCENA IV

DICHOS, menos AUGUSTA

JOSÉ A la una estoy en la Audiencia.  
Doc. Te llaman.  
JOSÉ Oigo mi nombre,  
¿y qué hago?  
Doc. Una reverencia.  
JOSÉ ¿Y luego qué?  
Doc. Nada.  
JOSÉ Hombre,  
ese proyecto me agrada;  
pero me quieres decir,  
¿si no tengo que hacer nada,  
por qué rayos me hacen ir?  
Doc. No exageres hasta un punto  
tal, que nada no ha de ser.  
JOSÉ Pues eso es lo que pregunto,  
¿qué es lo que tengo que hacer?  
Doc. Cuando están ya los jurados  
empiezan el juicio oral.  
JOSÉ ¿Y los jurados?  
Doc. Callados.  
JOSÉ Pues eso no lo haré mal.  
Doc. Inculpa á sus enemigos,  
para defenderse, el reo,  
(Eduardo buscando libros, se sienta al lado de la mesa  
en el sillón.)  
preguntan á los testigos  
y hay algún que otro careo,  
siendo ya raro, en verdad,  
el testigo que no sale  
con causa por falsedad.  
Pero eso aquí nada vale,  
porque nadie en tal sesión  
dice lo que sabe y piensa;  
luego habla la acusación,  
habla después la defensa,  
y el presidente, á su modo,  
y según su leal saber,  
hace un resumen de todo,

como Dios le da á entender;  
pero siempre, de manera  
que no entiendan los jurados  
ni una palabra siquiera.

JOSÉ

¿Y los jurados?

Doc.

Callados.

JOSÉ

Lo que es yo no me equivoco  
si no he de decir más que eso,  
pero creo estar un poco  
desairado en el proceso.

Doc.

Lo natural parecía  
que hiciéseis observaciones,  
pero eso es una teoría  
que no se usa, por razones  
bien fáciles de explicarse:  
¿qué han de saber los jurados,  
si no llegan á enterarse  
ni los mismos magistrados!  
\*Gastamos un diferente  
\*sistema, que es el que agrada:  
\*conque se entere el ponente  
\*ya está la Sala enterada.  
\*Ves bajo un rojo dosel  
\*siete jueces nada menos;  
\*los pleitistas, viendo aquel  
\*tribunal, dicen serenos:  
\*¿á quién habrá que no inspire  
\*seguridad ejemplar?  
\*pues lo que el uno no mire  
\*el otro habrá de mirar.  
\*¡Infelices que creéis  
\*en esa ilusión tan grata,  
\*pues de aquellos siete, seis,  
\*ni saben de que se trata!  
\*Quien tenga pleitos que tema,  
\*porque en cuanto á tribunales  
\*hemos resuelto el problema;  
\*¡todos unipersonales!...

EDUAR.

Aquí he podido encontrar  
un caso muy parecido.

Doc.

(Va á la mesa y mira el libro.)

Pues sí, lo debes citar  
que el Tardieu ya es conocido.

(Volviendo á José.)

- Después que habla el presidente  
entra usted á deliberar  
y acuerdan si es inocente  
ó lo deben condenar.
- JOSÉ ¿Yo condenar? No, señor,  
yo no condeno á ninguno.
- DOC. Pero...
- JOSÉ Querido Doctor,  
que no.
- DOC. Y si se prueba á uno  
tan clara su delincuencia...
- JOSÉ (Interrumpiéndole.)  
Como ese papel no envidia,  
no echo sobre mi conciencia  
que vaya un hombre á presidio.  
¿Que un tal Gumersindo Cobos  
robó á diez? Que robe á mil,  
pues para evitar los robos  
ya está la guardia civil.  
O que otro tal Carcaga  
ha querido á uno matar,  
¿y qué quieres que le haga  
si no lo puedo evitar?
- DOC. ¿Y si te matan á tí?
- JOSÉ ¿si te va á tí la pedrada?
- JOSÉ Pues si me matan á mí  
yo ya no puedo hacer nada.
- DOC. Y si te roba un bandido  
lo absuelves.
- JOSÉ Sí.
- DOC. ¿Siendo juez?
- JOSÉ Por que el hombre, agradecido,  
ya no me roba otra vez.
- DOC. No te aplaudo.
- JOSÉ No lo espero.
- DOC. Ni te censuro.
- JOSÉ Ni debes.
- DOC. Ni yo aconsejarte quiero  
sobre la marcha que lleves.  
Cada cual por su camino...
- JOSÉ ¿Con que no he de hablar, Doctor?  
Pues por milagro divino  
yo no soy un orador,  
ni llevo de serlo traza,

aunque soy, como el que más,  
español de pura raza.  
Conque, Justo, adiós.

DOC. ¿Te vas?

JOSÉ Al almuerzo y á la Audiencia.

DOC. Quédate á almorzar aquí.

JOSÉ Si no tenéis impaciencia  
y me esperáis...

DOC. Sí, hombre, sí.

JOSÉ En una escapada, voy  
ahora al juzgado, primero;  
diez minutos y aquí estoy.

DOC. Pero ligero.

JOSÉ Ligero.

DOC. Y no olvides que te aguardo...

JOSÉ Descuida, no olvidaré...

Lo que estudia ese Eduardo...

EDUAR. Hasta luego, don José...

(Se van foro, don José y Doctor.)

## ESCENA V

EDUARDO y ROSALÍA

ROS. (Entra primera izquierda.)

Ya está mamá disgustada;  
hace una hora aguardando,  
y tú, nada, trabajando.

EDUAR. ¿Y tú también enfadada? (Pausa.)

Dí, que tienes, Rosalía,  
que siempre estás á mi lado,  
cuanto más enamorado,  
más desdeñosa y más fría.

Te marchas; apenas vienes,  
te enoja cuanto te digo;

¿para estar así conmigo,  
que tienes, dime, que tienes?

ROS. Nada, ¿qué quieres que tenga?

EDUAR. Ven acá, más junto á mí,  
y ahora contéstame, dí,  
¿habrá una mujer que obtenga  
más libertad, más franquía,  
de manos de su marido

que la que siempre has tenido?...  
Porque en eso, Rosalía,  
nada te quise negar,  
¡pues á una mujer honrada  
el que no la prohiban nada,  
ya es darle mucho á guardar!...  
Tú eres señora en tu casa,  
tú eliges tus diversiones,  
teatros, fiestas y reuniones,  
sin que en nada tengas tasa;  
pero tú no me agradeces  
el sacrificio.

Ros.

Repara

que me estás echando en cara  
tus favores tantas veces,  
que el bien que me da tu amor  
tu orgullo dice y blasona,  
¡y favor que se pregona  
ya es muy mezquino favor!

EDUAR.

No me entiendes, mejor dicho,  
no me quieres entender.

Te pregunto, por saber  
tus penas: si tu capricho,  
sea el que fuere, se realiza,  
si la salud te rebosa,  
tal vez un poco nerviosa...  
eso no me tranquiliza.

Ros.

¿Tu madre quizás ó Lola?...

No: es que me casé contigo  
para que fueras conmigo,  
no para estar siempre sola.

No vamos nunca los dos  
juntos, y si es aburrido,  
me aburro con mi marido,  
que es como lo manda Dios.

EDUAR.

¿Y es esa la falta mía?

Tú padre y yo trabajamos  
y holgadamente ganamos  
para vivir. Rosalía,  
gastas mucho. ¡No es reprochel!...  
Si dejo de trabajar,  
dejo también de ganar,  
y adiós palco, y adiós coche,  
y adiós viaje al extranjero,

ROS. y adiós infinitas cosas,  
que todas son muy hermosas  
y cuestan mucho dinero.  
Perdóname, no sabía...  
dejaré el coche, el abono,  
viviremos bajo un tono  
modesto.

EDUAR. No, Rosalía,  
porque como yo disfruto  
viviendo tú en la opulencia,  
obligo á mi inteligencia  
á que me rinda más fruto.  
Gasta, pues, sin inquietud,  
vive y goza, sin pensar  
más que en vivir y en gozar  
de tu hermosa juventud.  
Pero acuérdate algún día  
que estas joyas de tu brazo  
antes fueron un pedazo  
de la propia vida mía.  
¡Horas que robé á tu amor,  
sangre que robé á mis venas,  
para que volvieran llenas  
de luz á darte esplendor!... (Pausa.)  
Ya ves que no me es posible:  
vuelve á tu antigua alegría.  
¿Pero sola?

ROS.

EDUAR. ¡Rosalía!

ROS. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Si es imposible!

(Levantándose y acompañándola primera izquierda.)

Compláceme y como antes;  
no abandones tus costumbres,  
pues mi gusto es que deslumbres.

¿Quieres brillantes? Brillantes.

¿Quieres pulseras? Pulseras.

Compra los mejores trajes.

Sedas, brocados, encajes.

¡Cuanto sueñes, cuanto quieras!... (Pausa.)

(Cruzan en silencio la escena; en la primera izquierda se detienen un momento; sale Rosalía y al ver que no la sigue, vuelve á entrar.)

EDUAR.

Mientras viene don José,  
que vendrá á almorzar aquí,

voy á ver si tomo ahí  
unas notas.

ROS. Bien, me iré:  
¿pero sola?

EDUAR. Ten paciencia,  
que te prometo ir contigo.

ROS. ¿Hoy vas á salir conmigo?

EDUAR. Hoy tengo que ir á la Audiencia.  
(Rosalía se va y Eduardo vuelve á la mesa.)

## ESCENA VI

EDUARDO

Tiene razón en quejarse  
de mi aparente desvío,  
pero no encuentro en lo humano  
que haya algún otro camino.  
Yo la acostumbé á ese lujo.  
¿Con que derecho le digo  
ahora, renuncia á esa vida  
que te he enseñado yo mismo?  
Y aunque esto lo consiguiera,  
aceptando el sacrificio,  
¿cuánto tiempo tardaría,  
sin decir nadie el motivo,  
en que riñésemos todos?  
¡Ni pensarlo! Yo he nacido  
para el trabajo. ¡Pues duro,  
y á trabajar! (Pausa.)

## ESCENA VII

EDUARDO y CRIADO

CRIADO (Foro.) Señorito...  
este señor... (Dándole una tarjeta.)

EDUAR. ¿Dónde está?

CRIADO En la sala.

EDUAR. (Leyendo.) «D. Benigno  
García...» No sé quién es:  
el nombre es desconocido.  
(Al salir el Criado, entra el Doctor.)

## ESCENA VIII

DOCTOR y EDUARDO

DOC. ¿Tienes gente?

EDUAR. Sí, no sé  
ni quién es, ni lo que quiere. (Pausa.)  
¿Te has fijado en Rosalía?  
(El Doctor sigue andando; Eduardo le detiene.)

DOC. ¿Qué tiene?

EDUAR. No sé qué tiene.  
Habló conmigo ahora mismo  
tan nerviosa, ella que es siempre  
tan fría, que me asustó.

DOC. También me he fijado á veces  
en que está descolorida  
hace tiempo.

EDUAR. ¿Y te parece  
enferma?

DOC. Soy padre y médico,  
y quizá el padre exagere  
lo que el médico no teme.

EDUAR. ¿Pero, qué notas que tiene?

DOC. Nada en su vida normal,  
tranquila, mas cuando quiere  
hacer un pequeño esfuerzo,  
correr, ó subir pendientes,  
es tan grande su fatiga,  
su ahogo, que se detiene  
de pronto, y el corazón  
dice ella que lo siente  
latir con fuerza y á saltos.

EDUAR. ¿Y esos latidos tan fuertes (Ansioso.)  
serán de una insuficiencia  
mitral? ¿Eso es lo que temes?

DOC. No, no es tanto mi temor, (Riéndose.)  
pero sí estimo prudente  
que la evites emociones  
muy violentas; no la llesves  
á los toros, ni á ver dramas  
que sean tristes, ¿me comprendes?

- EDUAR. Te comprendo lo bastante  
para temblar...
- DOC. (Con seguridad.) No, anda, vete  
que te esperan. Sobre todo,  
que tu mujer no sospeche  
nada, y observa tú,  
que eres médico y lo entiendes  
como yo.
- EDUAR. La observaré,  
y si es verdad...
- DOC. Anda... vete... (Sale Eduardo.)

## ESCENA IX

DOCTOR Y AUGUSTA

- AUG. Hombre, por todos los santos (Entrando.)  
de la corte celestial,  
¿vamos á almorzar, si ó no?
- DOC. Si que vamos á almorzar,  
pero espérate un momento,  
diez minutos, que vendrá  
ahora mismo don José.
- AUG. ¿Le has convidado, verdad?  
¿Sin decirme una palabra?  
Llega la hora y se van  
los señores á la mesa:  
«Poner un cubierto más  
que almuerza este caballero...»  
Y entonces hay que esperar  
que esto no es como una fonda,  
y por muy aprisa ya  
que vaya la cocinera,  
tarda el tiempo en arreglar  
un plato...
- DOC. No te incomodes.
- AUG. Así no hay orden jamás.
- DOC. Pero, mujer, no te enfades...
- AUG. Ni hay arreglo, ni lo habrá...

## ESCENA X

DICHOS y el CRIADO

CRIADO (En la puerta del foro.)  
Por aquí, haga usted el favor...  
AUG. ¿Quién es?  
CRIADO Señora, aquí está  
don... (Se va Criado.)

## ESCENA XI

DICHÓS y CARLOS

AUG. ¡Carlitos!  
CAR. (Entra foro.) Doña Augusta.  
AUG. ¡Ay lo que se va alegrar  
Rosalia, cuando sepa  
que has venido! Ven acá. (Abrazándole.)  
Este es el señor Doctor,  
don Justo del Encinar,  
padre de Eduardo, el marido,  
como te hemos dicho ya,  
de mi hija, de Rosalia:  
y á este le puedo llamar  
hijo también: es Carlitos  
Ferrer, ahijado de Juan,  
¡mi pobre Juan, mi difunto  
esposo, que en gloria está!  
DOC. ¿Es usted el que fué á América?  
CAR. Sí, señor.  
AUG. Voy á avisar  
á mi hija... (Toca el timbre.)  
CAR. He llegado anoche.  
DOC. ¿Y estuvo usted por allá?...  
CAR. Seis años, cerca de siete,  
y no he querido pasar  
por Madrid, sin saludarles.  
AUG. No hubiera faltado más.

ESCENA XII

DICHOS y el CRIADO

- AUG. Diga usted á la señorita (Al Criado.)  
que haga el favor de venir.  
(El Criado desde el foro atraviesa á la primera izquierda.)  
Dime, Carlos, ¿cuánto tiempo  
piensas estar en Madrid?
- CAR. Muy poco; vine á estas horas,  
porque hoy mismo he de salir  
para Burgos, á las cuatro.
- AUG. ¿Vendrás á almorzar aquí?
- DOC. Mujer, no va á haber almuerzo. (A Augusta.)
- AUG. Qué sabes tú... (A Doctor.)
- CAR. He de cumplir  
un compromiso...
- AUG. Pues faltas  
por Rosalía y por mí.  
¿O es que no quieres?
- CAR. Señora...
- AUG. ¿Con que te quedas al fin?
- CAR. Si no puedo.
- AUG. Haz un poder.  
No te escapas; con que así  
te embargo por todo el día,  
y esta noche has de asistir  
al baile.
- CAR. Lo que usted quiera.
- AUG. Celebramos un festín,  
porque es el aniversario  
de boda.
- CAR. Me acuerdo, sí,  
me acuerdo bien de esta fecha.
- AUG. Fué el veinticinco de Abril...  
por cierto, no contestaste  
cuando yo te lo escribí...

## ESCENA XIII

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. ¿Carlitos, cuándo has venido? (Saludándole.)

CAR. Anoche mismo he llegado.

EDUAR. Bien venido. Oiga usted, padre, está en la sala esperando, porque quiere saludarle un momento, el secretario de la Comisión de Códigos...

DOC. Si usted me permite, Carlos...

EDUAR. Me dió una buena noticia...

DOC. ¿Qué noticia?

EDUAR. Que triunfamos defendiendo nuestra ciencia antropológica.

DOC. Eduardo...

EDUAR. Sí, este señor ha venido á darme el honroso cargo de que redacte un proyecto completo de articulado para el Código penal, que pretenden reformarlo, y entre las nuevas reformas, la Comisión ha pensado que no es dable prescindir de este moderno adelanto. Y admiten como eximente del delito realizado, toda alteración morbosa que haya influido en los actos del presunto criminal.

DOC. Triunfamos.

EDUAR. Debo aceptarlo, ¿verdad?

DOC. Y estar orgulloso.

EDUAR. Triunfamos, padre, triunfamos.

(Se van por el foro Doctor y Eduardo.)

## ESCENA XIV

DICHOS menos DOCTOR y EDUARDO

AUG. Esto ya es una manía  
que les causa calentura:  
no hablan más que de locura  
y están locos. Rosalía...

## ESCENA XV

AUGUSTA, CARLOS y ROSALÍA

AUG. Mira, tú, quien está aquí.

ROS. (Entrando primera izquierda.)

¿Es el señor de Ferrer?...

AUG. Carlos, Carlitos, mujer,  
¿no te acuerdas?

ROS. Carlos, sí,  
me acuerdo perfectamente.

(Le saluda con frialdad y se sienta al lado de su madre en el sofá; Carlos en una silla.)

AUG. Quería haberse marchado,  
pero yo no le he dejado.

ROS. ¿Y el señor Ferrer... consiente?

CAR. Me obligó.

AUG. Pues ya lo creo,  
y no es mucho todo un día  
cuando ya no le veía  
hace seis años: deseo  
verte, y hablarte, y oír  
tu vida. Sin duda alguna  
vuelves rico...

CAR. La fortuna  
no me quiso sonreír,  
pues tuve la mala suerte  
de ir á ofrecerle mi espada  
á quien halló en la jornada  
con la derrota, la muerte.  
Huyendo de aquí, señora,  
fui á Méjico, donde era

la vida sobremanera  
inquieta y batalladora.  
A mí, que buscaba hacer,  
joven, ardiente y ansioso,  
un porvenir venturoso  
que brindarle á una mujer,  
me fascinaron las glorias  
de héroes, ayer ignorados,  
que en cien combates librados  
en cien ganaban victorias.  
Y entre tanto vencedor,  
para probar la aventura,  
me sedujo la bravura  
de aquel noble emperador  
Maximiliano. A su lado,  
desde que llegué de España,  
hice toda la campaña,  
y jamás le he abandonado.  
Aunque en número inferiores  
nuestras tropas imperiales,  
el valor de los leales  
nos hizo muy superiores.  
Fué brava y ruda la guerra:  
en todas partes luchando,  
y palmo á palmo ganando  
pedazos de aquella tierra.  
\*Y cerca ya del ocaso  
\*de la guerra y su fatiga,  
\*lo pasado nos obliga  
\*á vencer, y á dar un paso  
\*adelante, como buenos,  
\*y á ellos siempre un paso atrás:  
\*¡la Corona un laurel más,  
\*la República uno menos!  
¡Y aun cuando halló mi valor  
una ráfaga de gloria,  
inflamose mi memoria (Exaltándose.)  
con ráfagas del amor!...

AUG.

Pero, Carlos, no sabía  
tu pasión por esa dama;  
¿y quién es? ¿Cómo se llama  
esa mujer?

CAR.

¡Rosálal (Absorto.)

AUG.

¿Qué dices?

- CAR. Nada, señora, (Calmándose.)  
para ponerse tan grave:  
que Rosalía es quien sabe  
la mujer que el alma adora. (Pausa.)
- AUG. ¿Y no se puede saber  
ni siquiera el nombre de ella?
- CAR. Blanca, Margarita, Estrella...  
cualquier nombre de mujer.
- AUG. Perdona que haya insistido...  
y acábame de contar,  
cómo con tanto triunfar  
has vuelto tan abatido.
- CAR. Tras de llevar nuestra vida,  
en lucha franca y honrada,  
tanta batalla ganada  
y tanta sangre perdida,  
defendiendo un ideal  
y el lema de una bandera,  
que para nosotros era  
sagrada, y noble y leal,  
llegó en Querétaro un día,  
triste para la nación,  
en que pudo la traición  
lo que el valor no podía.  
¡Y fueron, en el misterio  
de la noche sorprendidos,  
los vencedores, vencidos  
en la tumba del imperio!  
\*En vano todos los modos  
\*para rehacer sus quebrantos,  
\*que al arrojó de unos cuantos  
\*venció el pánico de todos.  
\*Y aquel terrible momento,  
\*mezquinamente logrado,  
\*tuvo, mezquino y osado,  
\*un epílogo sangriento.  
\*La grey imperial vencida,  
\*el cerro de las Campanas  
\*fué testigo de las vanas  
\*grandezas de nuestra vida.  
\*¡Prisionero del traidor,  
\*víctima de torpe encono,  
\*patria y gloria, vida y trono  
\*perdió el noble emperador!

\*En vano, en vano quisimos,  
\*un puñado de leales  
\*de las tropas imperiales,  
\*salvarle, pues no pudimos.  
\*Viendo que nadie responde  
\*al loco afán que intentamos,  
\*vencidos, nos dispersamos  
\*Dios sabe cómo y á dónde.  
\*(Pausa y transición.)  
\*¡Aun entonces, que á mi sér  
\*le amargaba la derrota,  
\*del fondo del alma brota  
\*la imagen de una mujer!...  
\*(Pausa y transición.)  
\*Temiendo ser prisionero,  
\*y oculto, por perseguido,  
\*sin alientos, por vencido,  
\*anduve así un año entero.  
\*Cien veces temí morir,  
\*y era, á pesar del dolor,  
\*cuanto más grande el temor,  
\*más el ansia de vivir,  
\*pues la desgracia sentida,  
\*¡qué luz tan viva derrama  
\*sobre el claro panorama  
\*de lo pasado en la vida!  
\*¡Promesas que se lograron,  
\*dichas que en un tiempo fueron,  
\*todas en tropel vinieron  
\*á mi memoria, y formaron  
\*una ilusión de ilusiones,  
\*pura, radiante y galana,  
\*como el agua cuando mana (Pausa.)  
\*de la fuente á borbotones!...

AUG.  
CAR.

¿Y después?  
Después, ya nada.  
Pude salvarme, llegué  
á Chile, allí trabajé  
sin ver jamás realizada  
mi esperanza. Como estoy  
delicado, en tierra extraña  
sentí nostalgia ¡y á Español  
y aquí me tiene usted hoy.

- AUG. ¿Y aquella mujer que un día  
suspiraste tú por ella?
- CAR. Aquella mujer...
- AUG. Sí, aquella  
que conoce Rosalía. (Riéndose.)
- ROS. Esa ha muerto.
- CAR. (Con impetu.) No, por cierto;  
¡vive!
- AUG. ¿Y no ha sido fiel?...
- ROS. De modo que para él,  
igual que si hubiese muerto. (Pausa.)
- AUG. Tanta pena me has contado, (Levantándose.)  
que sólo de oírlas contar  
no puedo ni respirar  
de angustia.
- CAR. Aquello ha pasado...
- AUG. Carlos me perdonará...  
Voy á echar una mirada  
al almuerzo, que se enfada  
luego Justo, si no está.  
(Se va primera izquierda.)

## ESCENA XVI

CARLOS y ROSALÍA

- CAR. Perdóname, Rosalía,  
que haya venido á buscarte.
- ROS. Ni hay qué deba perdonarte,  
ni habiendo perdonaría.
- CAR. Me tratas injustamente:  
escúchame, y juzga luego.
- ROS. ¿Una disculpa?
- CAR. No, un ruego;  
una súplica ferviente.
- ROS. Entrando aquí, ¿no pensabas  
que hace ya un mes que viniste  
á Madrid, y me escribiste  
una carta en que rogabas?...
- CAR. (Interrumpiéndola y recitando.)  
«Mi querida Rosalía:  
llegué ayer; marchó mañana  
otra vez, á mi lejana

heredad de Andalucía.  
Y antes de marchar quisiera,  
como un favor infinito,  
verte...»

Ros. Bien; no necesito (Interrumpiéndole.)  
escuchar la carta entera.  
Dices que mi casa, á tí  
te daba un horror profundo,  
y que por nada en el mundo  
querrías venir aquí.  
Me pareció que debía,  
en pago de lo pasado,  
darte ese adiós tan rogado,  
tan eterno.

CAR. ¡Rosalía!  
ROS. Me conmoví y te hice caso.  
¡Con ridícula inocencia  
no comprendí la imprudencia  
ni el peligro de aquel paso!  
Te ví, y aquella explosión,  
á un tiempo goce y martirio,  
á la par calma y delirio,  
me causó tal impresión,  
que ansiosa, sobrecogida  
por aquel choque violento,  
no tuve fuerza, ni aliento,  
ni voz, ni sangre, ni vida...

CAR. Pero te puedo jurar  
por mi madre, por mi fe...

ROS. No, no jures, ¿para qué?  
no te culpó si al hallar  
el desmayo de mi ser,  
juzgaste tu causa hecha,  
que el hombre siempre aprovecha  
desmayos de la mujer...

CAR. Perdona quejas y llanto,  
delirio y pasión perdona,  
que el cariño no razona.

ROS. ¡Y yo á tí te quiero tanto!...  
En pago á todo ese mal  
sólo obtuve una promesa,  
bastándome á mí con esa  
porque la juzgué leal.  
Marcho mañana, dijiste;

tú tranquila quedarás,  
pues no volveré jamás.  
Diciéndolo, me volviste  
la paz, sino la alegría. (Pausa.)  
¡Abrigaba la creencia,  
que evitando tu presencia,  
el recuerdo evitaría!...  
Y fué una equivocación.  
¡Que vergüenzas y sonrojos,  
no se miran con los ojos,  
sino con el corazón!... (Pausa.)  
Al día siguiente, recibo  
una carta. Aquel ultraje  
me dió rubor y coraje:  
ni voy á verte, ni escribo.  
Temiendo escenas violentas,  
sufro y cuento los instantes;  
á tus cartas apremiantes  
no contesto: te impacientas,  
me impaciento yo también;  
pero comprendo el abismo  
que se abre á mis pies, y el mismo  
silencio, el mismo desdén.  
¡Y así un mes, por ese amor  
tuyo vivo, si es vivir  
este constante sufrir  
y este continuo temor.  
Si mis pobres alegrías  
conservarlas no prefieres,  
dí, ¿qué buscas? dí, ¿qué quieres?  
dí, ¿qué sueñas? dí, ¿qué ansías?...  
Marché á América por tí,  
y tú juraste aguardarme  
mientras iba á conquistarme  
una posición allí.  
De tu infamia sabedor,  
vuelvo y á la instancia mía,  
tú me diste, Rosalía,  
la prueba que da el amor.  
¿Fuiste ciega ó fui violento?  
Pues ciega cruza la bala,  
é hiriendo ciega, se exhala  
por ella el último aliento.  
¿Y ahora quieres que abandone  
lo que mi dicha decide?

CAR.

ROS. Olvidame...

CAR. ¿Que te olvide?

ROS. Perdóname...

CAR. ¿Que perdone?

\*No pidas un imposible:  
\*tú puedes lograr que el río  
\*tuerza su curso, y bravío,  
\*como antes era apacible,  
\*innunde lo que regaba;  
\*tú puedes también lograr  
\*que fértil vaya á regar  
\*las tierras que no cruzaba;  
\*todo eso conseguirás;  
\*pero no habrá poderío  
\*para conseguir que el río  
\*su curso vuelva hacia atrás.

ROS. Cede á mi ruego.

CAR. No cedo.

ROS. Por tu amor... por el encanto  
de lo que pasó.

CAR. Por tanto  
como pasé, ya no puedo.

Ya es tarde para ceder,  
ni yo lo quiero intentar:  
(Levantándose y yendo á ella.)  
¿Me aborreces? ¡Pues á odiar!  
¿Me quieres? ¡Pues á querer  
con un amor infinito!  
Responde:

ROS. (Levantándose y huyendo un paso.)

Me asustas.

CAR. Dí,  
¿qué sientes tú para mí? (Yendo más á ella.)

ROS. Que grito, Carlos.

CAR. Ni un grito,  
ni un grito de tu garganta;  
ni uno solo, te lo ruego, (Exaltándose.)  
que estoy tan ciego, tan ciego,  
que esta ceguedad me espanta.

(Este final de escena debe ser, en medio de su violencia, procurando no gritar, dando á las frases la energía y la inflexión que necesitan, pero sin alzar la voz por miedo á que les oigan.)

ESCENA XVII

DICHOS, DON JOSÉ

- JOSÉ (Dentro.)  
Aquí estoy yo... (En escena.) Aquí estoy yo.  
¿Dónde está Justo? ¿Y Eduardo?
- Ros. En visita.  
(Al entrar en escena don José, y antes al oírsele, Carlos se retira un poco atrás, quedando Rosalía en medio de la sala, Carlos á un lado, y viniendo don José á colocarse junto á Rosalía, y entre ella y Carlos, que estará bastante alejado.)
- JOSÉ (A Carlos.) Servidor... (saludándole.)  
Que conste que no hay retraso (A Rosalía.)  
por mi parte. Rosalía,  
¿sabe usted que soy Jurado?  
Pero de un crimen magnífico,  
causa por asesinato.  
Hágame usted el favor (A Carlos.)  
de sentarse... Y no está claro  
el asunto, porque dicen  
que estaba ya loca cuando  
cometió el crimen. Canciones  
y capricho de enredarlo;  
pero por mí, ya se sabe,  
¿es criminal? ¡Pues al palo!  
¿Pero qué es eso? Está usted  
pálida... y está temblando...  
Rosalía... cualquier cosa  
que las dicen... un desmayo.  
(Rosalía apoyada en don José se desvanece un segundo.)  
Por vida de diez cañones  
haciendo á un tiempo disparos...
- Ros. No, no es nada; esa noticia (Volviendo en sí.)  
tan triste, me ha impresionado...
- JOSÉ Caramba... qué impresionable... (A Carlos.)  
Pues si usted se apura tanto (A Rosalía.)  
por esa pobre infeliz,  
pierda usted todo cuidado,  
no se apure usted, señora,  
que yo la salvo, ¡la salvo!

## ESCENA XVIII

DICHOS, EDUARDO, DOCTOR, AUGUSTA

- EDUAR. ¿Almorzamos, don José?  
JOSÉ Pues al almuerzo, Eduardo.  
ROS. No diga usted una palabra. (Aparte á don José.)  
AUG. Cuando queráis... (Entrando primera izquierda.)  
DOC. Pues andando.  
Vamos, don José. Carlitos, (Se va Augusta.)  
Si usted quiere darle el brazo  
á Rosalía...  
(Carlos ofrece el brazo á Rosalía y cruza con ella la  
escena, mientras dice, formando grupo con Eduardo y  
el Doctor.)
- JOSÉ (Al Doctor.) No sabes,  
me lo han dicho en el Juzgado,  
que tengo un crimen magnífico,  
de sensación, de entusiasmo.
- CAR. (A Rosalía, al entrar primera izquierda.)  
Quiero hablarte, Rosalía,  
es preciso.
- ROS. Nunca, Carlos.
- CAR. Te lo ruego.
- ROS. Es imposible.  
(Se van Carlos y Rosalía.)
- DOC. ¿Y dices que estás nombrado  
para la sección primera?
- JOSÉ Mira, Justo, yo no hablo  
como no almuerce, ¿me entiendes?
- DOC. Pues ya te están esperando.
- JOSÉ Verás como no me esperan...
- EDUAR. Triunfamos, padre, triunfamos.  
(José se va de prisa primera izquierda, y al seguirle  
Eduardo y Doctor, éste pasa el brazo por el hombro á  
Eduardo al oír la última frase. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

# ACTO SEGUNDÓ

---

Una sala en casa del Doctor, con dos juegos de silleria

## ESCENA PRIMERA

DOCTOR, entra foro, con la SEÑORA DE TRUJILLO y MARY

DOC. No, señora, no está en casa,  
está en la Audiencia informando  
como médico.

SRA. DE T. ¿Forense?

DOC. No; un perito presentado  
por la defensa.

SRA. DE T. (Sentándose primera izquierda.)  
Ha debido

abandonar su trabajo  
y recibir las visitas,  
que es hoy el aniversario  
de boda, y es, además  
de celebrarse su santo,  
cumpleaños de sus días.

DOC. No, señora, de sus años.

## ESCENA II

DICHOS: ROSALÍA y AUGUSTA, entrando primera izquierda

SRA. DE T. Ya nos ha dicho el Doctor  
que Eduardo está en la Audiencia.

AUG. ¿Y el señor Trujillo?

- SRA. DE T. Bien  
de salud, pero no deja  
su trabajo en todo el día.
- ROS. Le agradezco su fineza;  
muy linda, de mucho gusto.  
(Se han sentado Augusta y la señora de Trujillo.)
- AUG. ¿Recibió usted mi tarjeta?
- SRA. DE T. Y Mary vendrá á comer.
- AUG. ¿Y usted?
- SRA. DE T. No, porque se queda  
Trujillo solo en la casa...
- AUG. Pues siento que usted no venga.
- SRA. DE T. Luego vendremos al baile.
- AUG. Pero, Mary, ¿no te sientas?
- ROS. Nos vamos aquí á charlar.  
(Se van Rosalía y Mary. El Doctor con ella, derecha.)
- DOC. Yo también voy, si me dejan,  
á escuchar esos secretos:  
me autorizan mis cincuenta  
años.
- ROS. Y pico.
- DOC. Hija mía,  
el pico es el que molesta.
- MARY Pero está usted bueno y fuerte,  
y aun como usted quisiera  
enamorar...
- DOC. Muchas gracias...  
Y es lástima que no sea  
verdad: ya quemé mis naves,  
mejor dicho, han sido ellas  
las que se han ido quemando.  
¿Qué se le ha de hacer!... ¡paciencia!
- ROS. ¿Y tu novio?
- MARY No le he visto,  
ni tuve carta siquiera.
- ROS. ¿Desde cuándo?
- MARY Desde anoche  
que fuimos á la Comedia.
- DOC. ¡Eso es una eternidad!
- MARY Pero le aguarda una buena...
- DOC. ¿Es usted la que le aguarda?...
- MARY Yo ya tengo mis sospechas  
de una rubia que es más sosa,  
y más parada y más seria...

DOC. Basta con decir que es rubia.  
MARY Si no ha ido á rondarla á ella,  
¿en dónde está desde anoche?  
Nos dejó á las doce y media...  
ROS. Desde allí se fué á dormir.  
DOC. Muy mal hecho: que no duerma.  
ROS. Por la mañana á sus clases  
ó á los trabajos que tenga.  
DOC. Que no trabaje.  
ROS. Y después  
á almorzar.  
DOC. Pues no se almuerza,  
para eso se tiene novia,  
y la conducta correcta  
es la de estarse en la esquina  
plantado, de centinela.  
MARY No soy yo tan egoista  
ni tengo tanta exigencia.  
DOC. Y por lo visto, con él,  
mejor es que no se tengan.  
MARY No va más que cuando quiere...  
pero quiere con frecuencia.

### ESCENA III

DICHOS: JUANITO y LEOPOLDO. Entra foro, saluda á DOÑA AUGUSTA, hacen una reverencia á la SEÑORA DE TRUJILLO y luego van á saludar á ROSALÍA y al DOCTOR, y se sientan con ellos

AUG. Hola, Juanito.  
JUA. Señora.  
AUG. ¿Y usted, Leopoldo?  
ROS. (A Mary.) El más grueso  
de los dos es el que tiene  
relaciones con Consuelo...  
LEOP. Señor Doctor...  
DOC. Hola, pollos.  
JUA. Felicidades... (A Rosalía.)  
LEOP. Debemos  
felicitar al marido.  
ROS. Y yo en su nombre les ruego  
á ustedes que le dispensen...  
LEOP. El trabajo es lo primero.

- ROS. ¿Y Consuelito?  
JUA. Tan buena...  
LEOP. Sí, tan buena.  
ROS. Ya sabemos  
que se casa usted, Juanito.  
JUA. Señora, cuánto me alegro  
de saberlo yo también.  
ROS. ¿No es novia de usted Consuelo?  
JUA. Yo no lo sé, á punto fijo.  
DOC. Si usted no, ¿quién sabe eso?  
ROS. ¿Pero, ella le quiere á usted?  
JUA. Tampoco lo sé de cierto:  
puedo decir, Rosalía,  
porque no es ningún secreto,  
que á mí no me rechazaron  
ni su madre, ni Consuelo;  
pero su padre...  
ROS. ¿Se opone?  
JUA. Mire usted... su padre es bueno,  
es una buena persona,  
señor de claro talento,  
pero es un hombre muy rico.  
DOC. Caramba, vaya un defecto.  
JUA. No, si el defecto no es ese:  
está en el convencimiento  
que tiene de su riqueza.  
Sé que alguno le ha propuesto  
esta boda, y él ha dicho  
que como tiene dinero  
su niña no tiene prisa,  
dándole á entender con eso  
que puede comprar un novio  
cuando quiera, en el momento  
que se le ocurra comprarlo.  
DOC. Va á comprar un yerno hecho,  
como quien compra una capa  
que le siente bien al cuerpo.  
LEOP. Con los embozos bonitos.  
DOC. Pero con el paño viejo.  
JUA. Pero eso ya es cuenta suya:  
yo, señora, como puedo  
pasar sin tanto esplendor,  
—lo he sentido por Consuelo  
que es una chica muy buena

- y por quien yo tuve afecto—  
dejé al buen señor tranquilo  
con su niña y su dinero.
- SRA. DE T. Anda, Mary, que nos vamos.  
ROS. ¿Tan pronto ya?  
SRA. DE T. Sí, al momento  
(Levantándose todos)  
ha de venir; va á vestirse.
- ROS. Pues vete y ven, que te espero.  
LEOP. Si te parece, Juanito... (A Juanito.)  
JUA. ¿Qué?  
LEOP. Nosotros nos iremos.  
JUA. Pues vámonos. Rosalía... (Despidiéndose.)  
ROS. ¿Hasta después?  
LEOP. ¡Ya lo creo!  
ROS. Ven en seguida.  
MARY En seguida.  
ROS. Y me ayudas al arreglo  
de la mesa, que tú tienes  
muy buen gusto, y para el centro,  
con las luces y las flores,  
hay que darle cierto aspecto...  
MARY Pondré mis cinco sentidos.  
ROS. Basta querer.  
MARY Pues por hecho.  
(Se van todos foro. Pausa.)

## ESCENA IV

CARLOS, CRIADA, ROSALÍA y MARY

- CRIADA (Entra segunda izquierda.)  
¿Ha llamado el señorito?  
CAR. (Entra primera derecha.)  
¿A qué hora sale el correo  
de Andalucía?  
CRIADA A las seis  
las recogen.  
CAR. Aun hay tiempo:  
que la lleven ahora mismo. (Se va la Criada.)  
Un delirio, bien comprendo  
que es un delirio esta lucha,  
pero es tan grande el tormento,

la agonía de mi vida,  
que ante nada retrocedo.

ROS. ¡Rosalía! (Yendo á ella.)  
(Entra foro.) ¡Qué imprudencial  
Por Dios, Carlos, tengo miedo.

CAR. Necesito hablarte á solas.

ROS. Carlos, por Dios.

CAR. ¡Un momento!

(Entra Mary, fondo, saluda con una reverencia á Carlos y va al sofá á buscar su sombrilla.)

MARY Aquí al lado del sofá  
la dejé y aquí la encuentro.  
(Se van foro, Mary y Rosalía.)

## ESCENA V

CARLOS y ROSALÍA

CAR. ¡Desde que te he visto, ha sido  
en mí logarte, el encanto  
que con más ansia he querido,  
y Dios no lo ha permitido  
tal vez por quererlo tanto!  
¡Aunque otra vez me envanecen,  
pasad de mí los que fueron  
sueños que hoy se desvanecen,  
que ni el recuerdo merecen  
sombras que en sombras murieron!  
Dulce y hermosa ambición,  
si hoy que naces á la ufana  
vida que da el corazón  
eres oprobio y baldón,  
¿amor, qué serás mañana?...  
¡Siempre amé lo irrealizable,  
y para hacer lo que he amado  
más vil y más deleznable,  
encuentro, siendo culpable,  
lo que no hallé siendo honrado!... (Pausa)

ROS. (Entra por el foro lentamente.)

Vengo para terminar  
de una vez esta cuestión.  
¿Me entiendes? Quiero acabar  
de una vez: puedes hablar  
que te oigo con atención.

- CAR. Haces muy mal al venir  
en son de guerra, mujer,  
que á la guerra se ha de ir  
no ha vencer, sino á morir;  
luego el azar es vencer.
- ROS. Acabemos.
- CAR. Eso quiero.
- ROS. Habla en seguida.
- CAR. En seguida.
- ROS. No esperes más.
- CAR. Aun espero.
- ROS. ¿No renuncias?
- CAR. No; primero  
renuncio á mi propia vida.
- ROS. No es noble haberme obligado...
- CAR. A quien se engañó una vez,  
siendo noble y siendo honrado,  
si vuelve á ser engañado  
no es nobleza, es candidez.  
Mientras con fe te he creído,  
por tu dicha y por tu bien,  
gloria y amor he querido;  
me engañaste, y he aprendido  
de tí á engañar también.
- ROS. Con eso, ¿quieres decirme  
que de mi loca aventura  
no bastará á redimirme  
ni la voluntad más firme,  
ni la contrición más pura?
- CAR. ¿Tú has creído, tú creías  
con inocente fervor,  
que con lágrimas podrías  
borrar todo el mal que hacías  
á quien sólo te dió amor?
- ROS. ¿Pero qué quieres de mí?
- CAR. Que me quieras.
- ROS. No es posible.
- CAR. No hay imposible.
- ROS. Esto sí.
- CAR. Pues sábelo, vengo aquí  
á buscar un imposible.  
Yo no te obligo, ni es cuerdo  
que te pensara obligar,  
pero quisiera un recuerdo

de esta delicia que pierdo  
cuando la soñé encontrar.  
Rosalía, te aseguro,  
y no es mi promesa vana,  
por lo más grande y más puro  
de este mundo, te lo juro,  
que yo me marchó mañana  
para no volver jamás  
en la vida, Rosalía.  
¿Lo oyes?

ROS. Si; ¿te marcharás?

CAR. Me marchó, si tú me das  
un instante de alegría.

ROS. Ya ese mismo juramento  
lo hiciste, y faltaste á él.

CAR. ¿Y sabes por qué, violento,  
he faltado? Porque siento  
en mí una duda cruel.

¿Un instante de extravío  
piensas tú que pudo darme  
el dulce placer que ansio?  
¡Tú no fuiste el amor mío  
si fuiste ciega á buscarme!...  
Pues si tú das, vida mía,  
alma y cuerpo, das amor;  
sólo el cuerpo, Rosalía,  
no es amor, es mercancía,  
que lleva el mejor postor.

(Suená la companilla.)

Piensa lo que has de decir;  
con bien poco lograrás  
la paz en el porvenir, (Marchándose.)  
cuando pudiera pedir  
con derecho mucho más.

(Vase primera derecha.)

## ESCENA VI

ROSALÍA

El paso primero en esta  
pendiente fácil del vicio  
¡cuesta tanto sacrificio,

tanta lágrima nos cuestal  
Y apenas el paso has dado  
¡cuántas lágrimas darás  
queriendo volver atrás  
á deshacer lo pasado!  
Carlos, con tenaz asedio  
me exige... ¿Y para borrar  
una falta, he de faltar  
otra vez? ¡No hay más remedio!  
¡Yo, por mi, bien, cedería,  
pero cedo y más me obligo;  
que una falta trae consigo  
tantas faltas!...

(Este parlamento lo dirá Rosalía marchándose muy despacio; en segunda izquierda la detiene la voz de Eduardo que entra segunda derecha con el sombrero y el gabán puesto. Eduardo trae una cajita.)

## ESCENA VII

ROSALÍA y EDUARDO

EDUAR.

Rosalía...

(Yendo á ella cariñoso y sonriente.)

ROS.

Eduardo... no te esperaba (Sorprendida.)  
tan pronto.

EDUAR.

¿Te ha parecido, (Parándose y serio.)  
Rosalía, que he venido  
muy pronto?...

ROS.

No te aguardaba...

EDUAR.

Ya lo veo: yo tampoco  
creí jamás que llegase  
á verte y contrariase  
tu voluntad...

ROS.

No...

EDUAR.

Fué un loco  
pensamiento; ya lo veo.  
No te juzgué—es culpa mía—  
como eres tú, Rosalía,  
sino como te deseo.

(Rosalía, nerviosa, deshoja una flor.)

En cuanto escuché decir  
«la sesión se ha suspendido»,

para buscarte, he venido  
por si tú querías salir.  
Vine creyendo que fuera  
darte un placer; ya lo siento,  
pues no tienes un momento  
para mí, ni uno siquiera.  
Ten más calma y más paciencia, (Irritado)  
que no puedo adivinar  
por qué, si te vengo á hablar,  
has de tener impaciencia.  
¿Qué te pasa, dí, que tienes, (Cariñoso.)  
cuáles son tus desventuras  
para tantas amarguras  
y para tantos desdenes?...  
Viéndote de esa manera,  
¿no comprendes que padezco?  
Contéstame, ¿ó no merezco  
que me contestes siquiera? (Exaltándose.)  
Respóndeme, que ya extraño  
tu silencio. ¿Por qué tardas  
(Cogiéndola del brazo.)  
en decirlo? ¿Por qué guardas  
el secreto?

Ros.

Me haces daño...

EDUAR.

Tu silencio me disgusta, (Dejándola.)  
me subleva, mas no quiero  
ser contigo tan severo,  
aun siendo tú tan injusta.  
Si de lo pasado aun queda  
confianza en mí, sin dudar,  
dime cuál es tu pesar,  
que si hay algo con que pueda (Con pasión.)  
mitigarse tu tormento,  
á realizarlo me lanzo;  
¡que si es humano, lo alcanzo,  
y si es divino, lo intento!... (Pausa.)  
Yo ya no sé qué decirte:  
¿es posible, Rosalía,  
que no logre todavía  
convencerte ni rendirte?  
¿Ni aun así logro obtenerlo?  
¿Ni aun con súplicas consigo  
que mires en mí á un amigo  
que tiene derecho á serlo? (Pausa.)

Por lo que puedas querer  
más, dí, ¿qué secreto esconde  
tu pecho; dí? Habla, responde,  
(Con profunda irritación y en voz baja.)  
responde y habla, mujer...  
No abuses del privilegio  
de que me calme y me venza...  
dí; ¡aunque fuera una vergüenza,  
una infamia, un sacrilegio,  
un dolor que mata luego (Exaltándose.)  
de oirlo, aunque fuera un crimen  
de esos que no se redimen  
ni con lágrimas de fuego,  
ahora lo puedes decir,  
porque prefiere mi ser  
morir, después de saber,  
á dudar, para vivir!... (Pausa.)  
Ya no insisto, ya no lucho,  
pero ya empiezo á pensar,  
(Eduardo le arranca de las manos la flor y la tira.)  
que nada quieres hablar  
por temor á decir mucho.  
Vete. Empezamos aquí,  
tú, á ocultarme lo que piensas,  
yo, á creer que son inmensas  
desventuras para mí.

ROS.

EDUAR.

Te juro...

No, Rosalía,  
porque así tal vez creyera  
que has hallado una bandera  
que encubra una felonía.  
Y si eres buena y honrada,  
¿para qué quieres jurar,  
si nadie habrá de dudar  
de quien no ha faltado en nada? (Pausa.)  
Ahora estoy siendo juguete  
de tu terca obstinación:  
acabemos la cuestión  
en paz. Vete, he dicho, vete.  
¿No has oído lo que he dicho,  
ó quieres que me arrebate  
con tu silencio, y te trate...  
como no quiero? Un capricho  
tan extraño, merecía

otra conducta. No aguardo más; vete ya. (Empujándola)

ROS. ¡Eduardo!

¡Eduardo!...

EDUAR. ¡Rosalía! (Pausa.)

## ESCENA VIII

DICHOS, DON JOSÉ, DOCTOR

JOSÉ (Entrando por el foro.)  
Pero, Eduardo, te escapaste, materialmente escapado, en cuanto hemos suspendido la sesión. Con los Jurados no cambié más que un saludo, (Se va Rosalía segunda izquierda.) y salí á buscarte al patio porque como me dijiste que me esperabas en cuanto terminasen el juicio...

EDUAR. No creí que tan temprano suspendieran la sesión. (Entra el Doctor, foro.) Rosalía me había hablado de salir, y por si aún era tiempo, no quise dejarlo.

JOSÉ Has hecho bien... ¿y qué es eso? ¿un regalito?

EDUAR. Un regalo.

JOSÉ Una atención de marido, digna de especial agrado, porque en eso los esposos suelen ser bastante parcios. Yo también voy á entregarle á Rosalía este ramo de flores.

DOC. (Cogiendo el estuche que lleva y abriéndolo.)

Pero son flores de brillantes y topacios y esmeraldas: hombre, hombre, esto ya es mucho regalo.

JOSÉ Que ha de ser, nada, un recuerdo...

(Se va don José segunda izquierda.)

DOC. ¿Qué pasó en ese Jurado?...

## ESCENA IX

DOCTOR, EDUARDO

EDUAR. Una mujer, con pasión  
adorada.

DOC. Pues no es nada  
lo que dices, ¡adorada!

EDUAR. Eso es.

(Se vuelve y con desdén echa la cajita encima de la mesa, luego al Doctor.)

Adoración.

Pródiga de su belleza,  
triunfa y goza y se embriaga  
de vida, mientras le halaga  
la juventud y la riqueza.

DOC. Como todas: maravillas  
de bondad, níveo color,  
labios de grana y frescor  
de rocío en las mejillas.  
No importa: ya aprenderás  
con los años á saber  
que no es angel la mujer,  
sino mujer nada más.

EDUAR. Para ser feliz, su estrella  
la vió nacer: parecía  
que todo le sonreía  
buscando sonrisas de ella. (Pausa.)  
Cuando la creí dichosa,  
sin saber por qué, por nada,  
la hallé desasosegada,  
inquieta, febril, nerviosa

DOC. Es una alarma quimérica,  
que todo hombre es algo loco;  
toda mujer tiene un poco  
de neurótica, de histérica,  
y yo, Eduardo, apostaría,  
que ese es el mal de tu enferma;  
dale un calmante, que duerma,  
y está buena al otro día.

EDUAR. ¡Si apenas duerme un momento  
y se despierta azorada,

temblando, con la mirada fija y rápido el aliento, como quien teme dormir por si durmiendo soñara y en el sueño confesara algo que sienta decir!...

DOC. Hasta ahora no hay cuidado ninguno. ¿No te ha ocurrido nunca á tí, estando dormido, despertar sobresaltado, oyendo en tu habitación ruidos, voces, que te agitan? ¡Y son los nervios que gritan allá en tu imaginación!...

EDUAR. Tener un pesar profundo, y oír su risa estrepitosa, por nada, por cualquier cosa, la más insulsa del mundo, obligándome á pensar que ríe para fingir, como quien se echa á reír para no echarse á llorar!...

DOC. ¿Siente dolores?

EDUAR. Alguno, muy poco.

DOC. ¿El pulso agitado?

EDUAR. No; muy débil, retardado, (Distraído.) casi sin pulso ninguno.

DOC. ¿Y tiene sofocación?

EDUAR. Hoy tuvo un pequeño acceso.

DOC. Pues fíjate bien en eso, que es síntoma de afección cardiaca. Principalmente, mira si hay palpitaciones, ó notas alteraciones en la voz, y si se siente con claridad, al auscultarla, un ruido á la manera de un fuelle, ó la voz se altera; entonces debes tratarla usando la digital y el café, si lo resiste, y para el dolor, pudiste darle bromuro ó cloral.

Es muy fácil que esto sea,  
pero hay que estar prevenidos,  
porque esos mismos latidos,  
esa tos y esa disnea  
son síntomas de otras muchas  
dolencias, y hay que tratar  
los síntomas sin tardar  
porque... ¿pero no me escuchas?  
Se necesita paciencia:  
yo que ahora te estoy hablando  
con tanto afán, derrochando  
aquí toda mi elocuencia,  
y mientras uno por uno  
estos síntomas te cito,  
tú en las Batuecas, ¡maldito  
si me haces caso ninguno!...

EDUAR.

Yo temo por Rosalía.

DOC.

Pues haces perfectamente.

Quien teme, es hombre prudente,  
y eso es la sabiduría.

EDUAR.

En serio.

DOC.

Si no hay motivo.

EDUAR.

Desde que ella está intranquila,  
no sé qué temor vacila  
en mí; y de temor no vivo,  
porque actitud tan violenta  
y silencio tan extraño,  
si no es delirio, es engaño,  
y siendo engaño, es afrenta.

DOC.

Ella está enferma.

EDUAR.

¡Ojalá!

DOC.

¿Tú qué dices?

EDUAR.

Que sería  
su enfermedad mi alegría.

DOC.

¿Pero tú estás loco?

EDUAR.

Ya

sé que lo he de parecer;  
pues lo que digo responde  
á un afán guardado donde  
ninguno lo pudo ver.

DOC.

Pues sigue la opinión mía:  
vete á tu cuarto al instante...  
y te tomas el calmante  
que receté á Rosalía.

- EDUAR. En serio. (Pausa.)  
DOC. Pues has pensado mal, pensando en una ofensa, que el hombre que engaños piensa, merece ser engañado.
- EDUAR. ¿Tú dudas de mí?...  
DOC. Quizás, porque quien tiene nobleza dentro de sí mismo, empieza por pensarla en los demás.
- EDUAR. Si es que el aire que respiro llega á mí tan impregnado de no sé qué malhadado veneno, que cuanto miro me habla del mal que me acecha.
- DOC. ¿Conque tú sospechas...  
EDUAR. (Cortando la frase) Sí.  
DOC. Una infamia contra tí?  
Pues la infamia es tu sospecha.
- EDUAR. Es que siento una ruindad que se acerca, como siento en las ráfagas de viento cercana la tempestad. Es que ya siento que estalla de angustia mi corazón...
- DOC. Calla... (Cortando.)  
EDUAR. (seguido.) Al pensar en traición, en afrenta...  
DOC. (Tapándole la boca.) ¡Calla... calla!... (Pausa.)

## ESCENA X

DICHOS y DON JOSÉ

- JOSÉ ¿A que adivino?  
DOC. Adivina.  
JOSÉ Tú nervioso, tú asombrado; de seguro te ha contado la escena: no se imagina uno que haya tanto horror. Que sólo oyendo una frase á un extraño, se temblase como con propio temor,

Doc. (A Eduardo.)  
Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido?  
José Se quedó la gente estática  
ante una escena dramática  
de primer orden.

Doc. ¿Qué ha sido?

José Mediada ya la sesión  
del Jurado, declararon  
los médicos, é informaron  
con tal fe y tal convicción,  
que sus palabras oprimen  
el alma, y se nos figura  
ver un caso de locura  
en aquel caso de un crimen.  
Eduardo estuvo elocuente:  
á todos nos convenciste.  
¿Te acuerdas cuando dijiste,  
probando que era inocente  
(Eduardo se va hacia la mesa.)  
aquella mujer, que había  
tan sólo una explicación  
del crimen, en la pasión  
ó en la codicia? ¿É influía  
pasión? No, porque era honrada  
y adorada del marido.

EDUAR. ¿Adorada? (Volviéndose de pronto.)

José Te lo he oído  
decir bien claro: adorada.  
¿Tacharla de codiciosa?  
Tampoco hay razón ninguna,  
pues era de él la fortuna;  
una fortuna asombrosa,  
sin hijos, sin que tuviese  
más que cuidarse á sí mismo;  
de modo que el egoismo,  
si lo hay, está en que viviese...  
(Imitando el tono de Eduardo.)  
«No hay causa en tal desventura,  
y si no podéis creer  
que se mata por placer,  
pensad que fué por locura,  
y no manchéis con impío  
castigo á una desdichada  
mujer que se ve privada

de razón y de albedrío...»  
Te digo, y puedes creerlo,  
que á todos nos asombraste;  
á unos por lo bien que hablaste,  
y á otros por no entenderlo.  
Nos habló de la constante  
ley de herencia, la neurosis...  
en fin, Doctor, una dosis  
de erudición aplastante.  
Un Jurado, un tal Sarrén,  
al hablar del atavismo,  
me dijo: «Pienso lo mismo,»  
y le dije: «Y yo también.»  
Al salir, me preguntó  
en confianza: «¿Qué es eso  
del atavismo? Confieso  
que no lo sé...» «Tampoco yo.»  
«Pues á fe de Juan Sarrén,  
digo, que del atavismo,  
sigo pensando lo mismo...»  
Y le dije: «Y yo también.» (Pausa.)  
¿Quieres hacerme el favor  
de decirme lo que os pasa,  
ó es que hacéis la fiesta en casa  
con cara de inquisidor?  
Ahora le llevo á tu esposa (A Eduardo.)  
mi regalo; una friolera,  
y no la mira siquiera  
y me dice que es preciosa.  
¿Puedo saber qué misterio  
hay en esto?

Doc. Si no hay nada:

Rosalía está afectada  
porque Eduardo está serio.

JOSÉ ¿Y por qué estás serio un día (A Eduardo.)  
como el de hoy, dí, por qué?

Doc. ¿Cómo quieres tú que esté  
viendo triste á Rosalía? (Vase á Eduardo.)

JOSÉ (Es una cosa observada,  
y que me trae preocupado,  
que desde que soy Jurado  
no me entero ya de nada.)

EDUAR. (Quiero saber la verdad.) (Al Doctor.)

Doc. Busca, mas que no trascienda;

no traigas á tu vivienda (A media voz.)  
la ajena curiosidad.

EDUAR.

Es que sufro.

DOC.

Pues padeces  
en silencio: publicar  
la deshonra de tu hogar,  
es deshonrarte dos veces!

EDUAR.

(Levantándose febril.)  
¿Piensas tú, que ella quizás  
pudó?...

DOC.

(Interrumpiéndole.) Mi temor no es ese;  
mas calla, por si no fuese.

EDUAR.

¿Y si fuese?

DOC.

¡Calla aun más!  
(Se vuelve á sentar Eduardo.)

JOSÉ

(Aunque yo no me doy traza  
de observador, aquí hay algo;  
y en el monte no es el galgo  
(Suena la campanilla.)

DOC.

quien coge siempre la caza...  
Han llamado... ¿No has oído?

EDUAR.

¿Y qué quieres?

DOC.

Alegría  
en tu cara.

EDUAR.

¿Que me ría?

DOC.

Sí: la risa del vencido  
le arrebató la mitad  
del triunfo al vencedor...  
Finge: es preciso.

JOSÉ

(Advirtiéndole.) Doctor...

EDUAR.

Quiero saber la verdad... (Bajo.)

## ESCENA XI

DICHOS y MARY

JOSÉ

Viene Mary.

DOC.

Bien venida.

MARY

He cumplido mi palabra:  
en diez minutos, de vuelta.  
¿Y Eduardo?

DOC.

Mira, trabaja.

MARY

¡Qué talento va á tener!...

JOSÉ ¿Quiere usted ser comandanta,  
Mary?

MARY ¿Retirada?

JOSÉ No;  
por usted pido mañana  
volver al servicio activo.

MARY Lo pensaré. (Riendo.—Se va.)

JOSÉ ¡Qué muchacha!

DOC. ¡Qué viejo!

JOSÉ ¡Qué insoponible  
estás hoy!...

DOC. ¿Paz?

JOSÉ (Dándose la mano.) Concertada.

## ESCENA XII

DICHOS, menos MARY

JOSÉ Voy á acabar de contarte  
lo del Jurado.

DOC. Bien, cuenta.

JOSÉ Estábamos convencidos  
todos, hasta la evidencia,  
de no haber causa ninguna  
más que la locura de ella,  
cuando aparece un testigo  
que la acusación presenta,  
y que vino esta mañana  
de Plasencia ó de Palencia,  
de no sé dónde, y declara,  
diciendo que tiene pruebas,  
que es falso que no hay causa,  
y que es falsa la demencia,  
y falso el dictamen médico,  
y hasta es falsa la tristeza  
que consume á esa mujer.  
Por poco más, nos demuestra  
que son falsos los Jurados,  
y falsa la Presidencia,  
y el público, y los ugieres;  
sólo es verdad lo que él cuenta.  
Pero, bien; ¿qué es lo que dijo?

DOC.

- JOSÉ Ten un poco de paciencia...  
Pues dijo: «Tiene un amante.»
- DOC. ¿Y ella?
- JOSÉ (Entusiasmado.) ¿Ella? ¿Viste una fiera,  
cómo sintiéndose herida  
de muerte se vuelve ciega?...
- DOC. No la he visto. (Interrumpiéndole.)
- JOSÉ (Pausa.) Yo tampoco;  
pero...
- DOC. Como si la viera.  
Sigue.
- EDUAR. No sigas. Los vió  
el marido; ¡fué la eterna  
tragedial Se aprovecharon  
de su asombro, y como fieras, (A José.)  
ella temblando por él,  
y él animado por ella,  
le vencieron... Fué un buen golpe  
el suyo... tuvo certera  
la mano y seguro el pulso...
- DOC. ¿Y cómo dejaba ella  
que la condenaran sola?  
No supo ser compañera  
leal, para un hombre honrado,  
y vino á ser, satisfecha,  
mártir del vicio...
- EDUAR. Misterios  
del alma, que no se llegan  
á explicar.
- JOSÉ (Con ironía.) ¿Y la locura?
- EDUAR. Era nuestra: no era de ella.

### ESCENA XIII

DICHOS, GARCÍA entra con un criado que se retira

- GARCÍA Ustedes perdonarán (Entrando.)  
si vengo tal vez muy pronto,  
pero á las cinco es la junta...
- DOC. Mi amigo don José Torno  
y el señor García, ponente (Presentándolos.)  
de la comisión de Códigos.
- GARCÍA Secretario.

JOSÉ Sí, es lo mismo.  
GARCÍA Lo mismo, no.  
JOSÉ (Bien, no logro  
entender á nadie...)

GARCÍA Vengo  
á buscar el luminoso  
proyecto que usted ha escrito  
sobre delitos morbosos,  
que la Academia discute,  
y la Junta, á que me honro  
de pertenecer, desea  
estudiar, para en el Código  
penal, que está reformando,  
introducir, como es lógico,  
la eximencia de esos actos,  
producto de impetuosos  
é irresistibles impulsos  
pasionales.

JOSÉ ¡Qué demonio! (Aparte al Doctor.)  
Doctor, es irresistible  
este hombre impetuoso.

GARCÍA ¿Quiere usted darme el proyecto?  
EDUAR. Sí: aunque he tenido el propósito  
de hacer algunas reformas.

GARCÍA ¿En lo esencial, en el fondo?  
EDUAR. No, en detalles.

GARCÍA No hace falta:  
va bien como le conozco,  
y ya que ha de discutirse,  
después se corrige todo.  
Lo principal es que estemos  
conformes en que los locos  
no pueden ser responsables  
de sus locuras.

DOC. Es lógico.

GARCÍA Y conformes en que son  
actos de demencia todos  
los absurdos.

DOC. Sí, conformes.

JOSÉ No, pues yo no me conformo  
si no los tienen atados.

GARCÍA El hombre es libre, y tan solo  
cuando causa daño puede  
llevarsele á un manicomio.



y tranquilo, que pasemos  
al despacho?  
GARCÍA Señor Torno...  
JOSÉ Señor García...  
DOC. Perdona  
un momento...  
JOSÉ Si... (Están locos.)

## ESCENA XIV

JOSÉ

Pues señor, no sé qué hacer...  
¡En menudo compromiso  
de conciencia nos ha puesto  
ese maldito testigo!...  
Es tremendo el crimen: ya  
no cabe más veredicto  
que de culpabilidad;  
pero votarlo es lo mismo  
que matarla con mis manos...  
Si fuera un hombre, un bandido  
que blasfema y que amenaza  
en señal de desafío...  
Pero una mujer que llora...  
¡Por vida de quien me hizo  
Jurado, lo estrangulabal (Pausa.)  
En conciencia, ha merecido  
la muerte y no he de faltar  
á mi conciencia. (Pausa.) Hoy le he dicho  
á Rosalía que cuente  
para salvarla, conmigo...  
¿Cómo falto á Rosalía?  
¿Cómo salgo del conflicto?  
Si no condeno, á sabiendas  
soy, por no darle el castigo,  
mal ciudadano y mal Juez,  
y si la mando al suplicio...  
¿Al suplicio? ¿Yo verdugo?  
No, jamás, primero emigro...

ESCENA XV

JOSÉ y DOÑA AUGUSTA

JOSÉ ¡Ay, señoral  
AUG. ¡Ay, caballero!  
JOSÉ No puedo más.  
AUG. ¡No es posible!  
JOSÉ Esto es horrible.  
AUG. Es horrible.  
JOSÉ Yo me mato.  
AUG. Y yo me muero.  
JOSÉ ¿Por qué se muere usted ahora?  
AUG. ¿Pero usted, por qué se mata?  
JOSÉ Yo no trato...  
AUG. ¿Usted no trata?  
¡Ay, caballero!  
JOSÉ ¡Ay, señoral  
AUG. Lo que aquí son los criados,  
no se comprende siquiera.  
JOSÉ No, pero si usted supiera  
lo que somos los Jurados...  
AUG. Ellos no saben de nada.  
JOSÉ ¿Y nosotros, qué sabemos?  
AUG. Nunca entienden.  
JOSÉ No entendemos.  
AUG. Parece que les agrada  
el hacer lo más sencillo  
al revés... en fin me callo. (Pausa.)  
JOSÉ ¿Sabe usted lo que es un fallo?  
AUG. ¿Al tresillo?  
JOSÉ ¡Qué al tresillo!  
¿Un fallo del Tribunal  
que empieza por resultandos,  
sigue por considerandos  
y una sentencia al final?  
AUG. Aunque no por experiencia  
propia, de oídas lo sé.  
JOSÉ Buena suerte tiene usted.  
\*Conozco yo una sentencia  
\*de un supremo tribunal,  
\*deliciosamente hecha:

\*Resultando que en tal fecha,  
\*por la pragmática tal,  
\*se le concedió que hiciese  
\*á un antepasado mío,  
\*á la orilla de tal río  
\*un molino *que moliese*.  
\*Considerando que el pliego  
\*de la concesión sacada  
\*no menciona ni habla nada  
\*del agua del río. . luego  
\*fallamos: que no hay derecho  
\*para coger agua.

AUG.

\*¡Hombre,  
\*pero eso no tiene nombre!

JOSÉ

\*¡Vaya si lo tiene!

AUG.

\*¡El hecho

\*es raro!

JOSÉ

\*Raro en extremo,  
\*pues si el agua no se cuele,  
\*¿cómo querrán que se muele  
\*los señores del supremo?

AUG.

\*¿No habrá podido moler?

JOSÉ

\*No; se tuvo que aguantar... (Pausa.)

\*¡Y así tengo que fallar!

AUG.

\*Pues buena la va usted á hacer...

JOSÉ

¡Y una sentencia de muerte!

Vamos, señora, es tremendo.

AUG.

¿Pero qué está usted diciendo?

JOSÉ

Lo que usted oye.

AUG.

De suerte  
que usted, un hombre de honor,  
de conciencia, ¿quiere ser  
verdugo de una mujer?

JOSÉ

La ley.

AUG.

¡Qué ley! No, señor.  
A mí no hay ley que me obligue.  
Dios la condena á esa pena.

JOSÉ

Pues si es Dios quien la condena  
que sea Dios quien la castigue.

AUG.

JOSÉ

Es verdad: esas razones  
soy el primero en decirlas,  
pero al tratar de cumplirlas  
me entran unas confusiones...  
Es mi deber el juzgar.

- AUG. Pues cumpla usted su deber.  
JOSÉ ¿Y soy justo?  
AUG. ¡No ha de ser!  
JOSÉ ¡Y aquí lo justo es matar!  
AUG. Lo que es eso, ni pensarlo  
si usted quiere ser mi amigo.  
JOSÉ ¿Lo ve usted? ¡Cuando yo digo  
que no hay modo de acertarlo!  
AUG. El librarla es caridad.  
JOSÉ Lo que es yo, por mí, la absuelvo  
en seguida, á ver si vuelvo  
á tener tranquilidad.  
AUG. Ya le doy á usted la mano  
con más gusto, don José,  
pues sigo viendo en usted  
un buen amigo.  
JOSÉ Así gano  
fama...  
AUG. De bueno...  
JOSÉ (Con ironía.) Y leal.  
AUG. ¿No es usted leal? ¿Con quién?  
JOSÉ Sí como hombre hago bien,  
como juez hago muy mal.  
AUG. Pero juez lo es usted, ahora,  
un momento, mientras que  
hombre lo ha de ser usted  
siempre.  
JOSÉ Siempre; sí, señora.  
AUG. Y yo sigo aquí charlando  
como si no hubiera nada  
que hacer: estoy mareada.  
JOSÉ ¿Y Rosalía?  
AUG. Acabando,  
ella y Mary, á toda urgencia,  
de arreglar allá las cosas:  
¡diez mil claveles y rosas  
que han venido de Valencia!  
Se puede usted figurar  
lo que eso tiene que ser:  
con decir que desde ayer  
no ceso de tragar...  
Y mi pobre Rosalía  
lo ha arreglado con un gusto  
todo... pero hoy me dió un susto...

se me quedó fría, fría...  
con un sudor como hielo,  
y una cara como cera...  
si yo no la sostuviera  
se me cae redonda al suelo.

JOSÉ

¿Fué debilidad?

AUG.

Tal vez:

yo al menos eso creí,  
y, por si acaso, le dí  
una copa de Jerez.

JOSÉ

¿Y se le pasó?

AUG.

Al momento.

JOSÉ

Me alegre. Vaya, me voy  
á vestirme: lo que es hoy  
no salgo de aquí. (Marchándose.)

AUG.

Que cuento

con usted.

JOSÉ

Sí.

AUG.

¿Pronto?

JOSÉ

Sin

perder minutó. (Se van fondo izquierda.)

AUG.

¿Usted vió

el salón?

JOSÉ

No.

AUG.

Pues quedó  
precioso: está hecho un jardín.  
(Se van fondo derecha.)

## ESCENA XVI

Un CRIADO, después ROSALÍA

CRIADO

(Con una bandeja, entra lateral izquierda.)

¡Jesús, cómo está la casa!  
Hay que dar toda la vuelta...  
¡Yo no sé por qué le dicen  
á estos tragines dar fiestas!  
Desde la señora al pinche,  
todos andamos á vueltas  
hace ocho días, y luego  
que bailen y coman, quedan  
otros ocho por lo menos

para arreglarla, pues dejan  
la casa que es una lástima.

ROS. ¿Qué llevas? (Entra lateral derecha.)  
CRIADO Una bandeja.

ROS. ¿Quién la ha traído?  
CRIADO Un criado  
de la señora condesa  
de Ramos.

ROS. Y le darían...  
CRIADO Un duro.

ROS. Bien. La bandeja  
póngala en el comedor,  
y usted lléguese á la tienda  
de flores del Caballero  
de Gracia, y que tengan  
dos *bouquets* más: que á las siete  
los quiero. De paso, á Viena,  
(Marchándose el Criado.)  
que el helado aquí á las once:  
mejor á las diez y media  
en punto. A Pepe, que vaya  
á dar aviso á la eléctrica  
para la lámpara: ¡á ver  
si me va á dejar sin ella!  
CRIADO Han ido ya esta mañana.  
ROS. Bueno, no importa; que vuelva.  
(Vase Criado lateral derecha; Rosalía sigue hacia fon-  
do; Carlos sale segunda lateral izquierda.)

## ESCENA XVII

ROSALÍA y CARLOS, luego EDUARDO

ROS. ¡Carlos!... Esto es imposible. (Enojada.)  
CAR. ¿Y qué quieres, Rosalía,  
que haga, si la estrella mía  
me impulsa á tí?

ROS. No es creíble  
que sea amor; será despecho.

CAR. Llámale tú como quieras,  
pero si tú lo sintieras  
como yo, dentro del pecho,  
comprenderías un mal

que me arrastra al frenesí, (Con pasión.)  
y es fuego, al pensar en tí,  
y al verte, es frío glacial. (Pausa y con frío)

ROS.

Acaba ya este martirio.

CAR.

¿Pensas que en mí no es dolor?

ROS.

En tí es odio.

CAR.

En mí es amor.

ROS.

En mí espanto.

CAR.

En mí delirio.

Pero odio, espanto, pasión,  
delirio, amor, ¡lo que sea!  
¡cómo la sangre golpea  
sin cesar mi corazón!

ROS.

\*¡Carlos! (Pausa.)

CAR.

\*Dime; ¿no es verdad

\*que tú sacrificarías

\*gustosa tus alegrías

\*por hallar tranquilidad?

ROS.

\*Sí; ¡por hallarla daría

\*horas de vida!

CAR.

\*Pues bien,

\*si tú las das, yo también

\*quiero darlas, Rosalía.

\*Pocos instantes te restan,

\*y si al fin logras tus sueños,

\*¿no creerás que son pequeños.

\*los martirios que te cuestan?

ROS.

\*Pero pides sin cesar...

CAR.

\*Esa es mi vida, pedir.

ROS.

\*Lo que no puedo ni oír.

CAR.

\*Esa es mi suerte, no hallar.

ROS.

\*No eres justo.

CAR.

\*¿Y quién lo es?

\*¿Lo eres tú que me juraste

\*aguardar y me olvidaste?

\*¿Lo es tu madre, que después

\*que por tu amor me animó

\*á marchar, con sus consejos,

\*y en cuanto me tuvo lejos

\*hasta mi nombre olvidó?

\*¿Lo es el Doctor, que sabía

\*mi pasión y mi pobreza,

\*y compró con su riqueza

\*para su hijo á Rosalía?

\*¿Eduardo, que me quitó  
\*tu cariño y mi ideal?  
\*¿Pues si nadie fué leal,  
\*para qué lo he de ser yo?  
\*¿Se gana más siendo así?  
\*¡Pues á serlo! y ya en mí mismo  
\*veo tal fondo de egoismo  
\*que no pienso más que en mí.  
Aguarda...

ROS.

CAR.

¿Qué he de aguardar?  
O lo que piensas no entiendo  
ó piensas en algo horrendo...

ROS.

CAR.

ROS.

CAR.

Entonces, ¿qué he de esperar?  
Esperar que esa amargura  
te endulce alguna mujer...  
¡Y mientras habré de ver  
tranquilo vuestra ventura,  
que en su bondad inefable  
(Rosalía va despacio á la mesa.)  
parece que Dios alarga  
la vida cuando es amarga,  
no cuando es dulce y amable!...

ROS.

CAR.

¡Qué alegría! (Viendo el estuche.)  
¿Qué dolor  
será el que llega?

ROS.

(Temí  
que se olvidara de mí,  
pero aun conservo su amor.)

CAR.

ROS.

Ya se agotó mi paciencia,  
ya se colmó la medida... (Yendo á ella.)  
No es nada... pasa en seguida... (Un ahogo.)  
me da con mucha frecuencia  
este ahogo...

CAR.

ROS.

¿Llamo?...  
No,  
por favor, no llames, Carlos,  
porque no quiero asustarlos...  
si no es nada... ya pasó...  
Descanso... y pasa... (Marchando.)  
(Deteniéndola.) Antes, di...

CAR.

ROS.

CAR.

ROS.

¿Aún?

¡Siempre!

¡Qué ceguedad!

- CAR. ¡Qué amor!
- ROS. ¡Carlos, por piedad!
- CAR. ¿Y quién la tendrá de mí? (Pausa.)  
A mí mismo, odio me inspiran  
los afectos que en mí luchan:  
hablarte, cuando no escuchan;  
mirarte, cuando no miran;  
acechando, para verte,  
quien viene y va por tu casa,  
averiguando quién pasa  
y al pasar tú, detenerte.  
Y así llevo todo el día  
de hoy, que eterno parece,  
y ya tanto afán merece (Duro.)  
que á él respondan, Rosalía. (Pausa.)
- ROS. Eres más fuerte, lo sé,  
y por la paz de este hogar  
te debo sacrificar  
todo. Bien; mañana iré. (Despreciativo.)  
Ni aún me consientes hoy  
que en mi amor propio me escude;  
quise luchar y no pude,  
me venciste, tuya soy.  
Botín de guerra: podrás  
saciar te de lo que ansiabas;  
si eso fué lo que buscabas (Marcando el desdén.)  
eso es lo que encontrarás.
- CAR. Eso no basta.
- ROS. Pues bien,  
manda tú que eres quien mandas.
- CAR. ¿Y no comprendes que agrandas  
mi pasión con tu desdén?  
Que no le basta al que siente  
sed hidrópica, tener  
el agua para beber,  
¡quiere el agua transparente!
- ROS. Pide. (Con desaliento.)
- CAR. ¡Amor!
- ROS. Amor tendrás.
- CAR. Un día solo...
- ROS. Sólo un día.
- CAR. Y después á Andalucía  
por siempre...
- ROS. No puedo más.  
(Apoyándose en la mesa.)

- CAR. A aquella heredad lejana,  
á no oír mundanos ecos,  
á ver mis árboles secos (Triste.)  
y á cuidar mi madre anciana... (Pausa.)  
Mas ¡qué importa!... Esta victoria (Transición.)  
me embriaga de alegría...  
(Entra Eduardo de frac, fondo.)  
quererme tú... (Corre á ella y la coge de la mano.)
- ROS. Si...
- CAR. ¡Y ser mía!
- ROS. ¡Qué lucha! (Dejándose llevar.)
- EDUAR. (Tapándose la cara.)
- CAR. ¡Qué horror!
- EDUAR. (Levándose.) ¡Qué gloria! (Se van.)

## ESCENA XVIII

EDUARDO, DOCTOR

(En el momento de marcharse Carlos y Rosalía, primera izquierda, sale el Doctor segunda izquierda, los ve, ve inmediatamente á Eduardo, y abre los brazos para que no pase. Eduardo, que vaciló un momento, se lanza tras ellos, pero lo detiene su padre.)

- EDUAR. ¡Paso! (Amenazador.)
- DOC. ¡No!
- EDUAR. Hicieron pedazos  
mi corazón y mi suerte,  
¡pues á buscar vida ó muerte!...
- DOC. ¡Toma la vida en mis brazos!...
- (Al querer pasar Eduardo, el Doctor se abre de brazos y le impide andar. Ni Carlos ni Rosalía se aperciben de haber sido vistos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

---

# ACTO TERCERO

---

Salón de entrada para otros salones Los hombres de frac: las señoras  
traje de baile

## ESCENA PRIMERA

EL MARQUES, JUANITO, MARY y LEOPOLDO: los demás personaj-  
es, los indica el diálogo

MARQ. ¿Será verdad lo que cuentan?

JUA. Contarán tantas verdades...

MARQ. ¿Sabe usted á que me refiero?

JUA. Á los palos de ayer tarde.

MARQ. No, hombre, no; á los de la noche.

JUA. ¿Pero, quiénes?

MARQ. Hoy se baten,  
es decir, se habrán batido...

JUA. ¿Pero, quién?

MARQ. Aquel Perales  
que monta una jaca torda,  
con un sobrino de Carmen  
Rubio.

JUA. Sí, ya sé quien es.

¿Y á qué se baten?

MARQ. A sable.

LEOP. ¿Conque usted no se decide?

MARY No lo sé.

LEOP. ¿Pues quién lo sabe?



## ESCENA II

DICHOS, EDUARDO y JOSÉ; luego DOÑA AUGUSTA

- JOSÉ Repito que he meditado,  
y mi actitud no se altera;  
conque dime la manera  
de librarme del Jurado.
- EDUAR. Ponte enfermo.
- JOSÉ Y al notar  
mi falta, señalaría  
el Presidente otro día...
- EDUAR. Y entonces vuelta á enfermar... (Distraído.)
- JOSÉ Yo comprendo que es muy justa  
la pena en esa mujer,  
pero yo no puedo ser  
su Juez. Hoy á doña Augusta  
le dije que la salvamos  
entre tú y yo... mas no quiero  
seguir, porque considero...  
Que no soy Jurado, vamos...
- EDUAR. Pues debes serlo.
- JOSÉ ¿Qué dices?
- EDUAR. Que la debes condenar.
- JOSÉ Pero, cómo...
- EDUAR. Sin dudar.
- JOSÉ Mas, ¿y aquellas infelices  
neuróticas de que hablabas?  
Aquella mujer que gime  
histérica, ¿no la exime?
- EDUAR. ¡No!
- JOSÉ Entendí...
- EDUAR. Pues te engañabas.
- MARY (Acercándose á José que mira asombrado á Eduardo.)  
Don José...
- JOSÉ Mary.
- MARY Un favor.
- ¿Usted es Jurado?
- JOSÉ ¿Yo?
- MARY Usted.
- JOSÉ Sí... no... es decir... no lo sé.

- MARY Siempre de tan buen humor.  
JOSÉ Como no lo pierda ahora,  
ya no lo pierdo jamás.
- MARY ¿Por qué?  
JOSÉ No puedo hablar más. (Reservándose.)  
MARY (Encogiéndose de hombros.)  
Bien. Mamá y otra señora  
quieren ir á la sesión  
de ese crimen, y han contado  
con usted.
- JOSÉ Muy bien pensado.  
Que vayan con precisión  
á las doce; que no pasen  
de esa hora, pues la gente  
suele ser muy exigente,  
y es fácil que no encuentrasen  
sitio.
- MARY Mil gracias... Marqués...  
(Saludándole, que se acerca con Juanito.)  
JOSÉ ¿Quiere usted ser comandanta?...  
MARY No, ni pensarlo, me espanta  
un juez.
- JOSÉ Y á mí.  
MARY ¿Usted lo es?  
JOSÉ No, Mary.  
MARY ¿Cómo que no?  
JOSÉ Es para mí tan horrible,  
que me parece imposible  
que lo siga siendo yo.
- MARQ. Oiga usted, también quisiera  
que usted me proporcionase  
para esa sesión, un pase...
- JOSÉ Sí, hombre, sí, los que usted quiera.  
JUA. Mis primas, las de Centellas,  
quisieran...
- JOSÉ Sí; esté usted tranquilo.  
Yo pediré medio kilo  
de papeletas ¡y á ellas! (José se aparta.)
- AUG. (Que ha entrado.)  
Oye, Eduardo, la de Carles  
ha venido con su hermano,  
y la de López Quijano:

debes ir á saludarles.

EDUAR.

¿Dónde están?

AUG.

En el salón.

Yo voy á ver si han traído los helados, que ya han ido dos veces... (Se van Eduardo y doña Augusta.)

JOSÉ

(Aparte, marchándose detrás de Eduardo.)

¿Por qué razón el Doctor me habrá mandado que á Eduardo acompañase siempre, y que no le dejase ni un momento abandonado?

MARY

¿Y usted, por qué no se casa, Juanito?

LEOP.

Porque no tiene tiempo...

MARY

Sí, pero entretiene á dos ó tres, y ya pasa de broma.

JUA.

¡Mary, por Dios!... Eso es darme mala fama...

MARY

¿Consuelo y Rita?... ¿Se llama Rita? (A Leopoldo.)

LEOP.

Sí.

MARY

Pues ya son dos. Veo que cumple usted bien... (A uno que entra.) Cuando usted quiera.

CAB. 1.º

MARY

Ahora mismo.

(Le da el brazo, y volviéndose, habla; haciendo mutis con el Caballero.)

Conque ¡á casarse!

LEOP.

¡Al abismo, Juanito!

JUA.

¡Jamás!

LEOP. Y

MARQ.

} Amén.

ESCENA III

- JUA. ¿Será cierto lo que escribe  
ese revistero Eloy? (Pausa.)  
Que mañana no recibe  
en su casa, la de Uribe,  
porque se ha escapado hoy...  
LEOP. ¿Con?...  
JUA. El cochero.  
MARQ. Ha de ser  
verdad.  
SECRE. ¿Y el marido, solo  
y tranquilo?  
JUA. ¿Qué iba á hacer,  
si el pobre se marchó ayer?  
MARQ. Con una tiple de Apolo.  
LEOP. ¿Tú no has visto en el salón  
á la viudita y á Enrique?  
MARQ. Y á Lola con el Barón  
de Haro.  
LEOP. Y á Encarnación...  
JUA. Eso no es más que palique.  
LEOP. Hombre, ¿pero y la de Hermida?  
MARQ. ¿Y el bonachón del marido  
(Entran Carlos y Rosalía.)  
hablando de lo aburrida  
que estuvo ayer la corrida?  
LEOP. ¡El sí que está divertido!...  
JUA. Y no vé jamás que Antonio  
está haciendo la conquista  
de su mujer...  
MARQ. ¡Qué demonio  
ha de ver, si el matrimonio  
debe atacar á la vista!...  
EDUAR. Se figura la mujer,  
disculpando sus arrojios,  
que el marido tarda en ver:  
¡lo que tarda es en creer  
áun viéndolo por sus ojos!  
(Rosalía se suelta del brazo de Carlos y quedan para-  
dos de espalda.)

- ROS. ¿Has oído?  
CAR. Sí, una frase general; nada.
- ROS. (Volviendo á coger el brazo.)  
No puedo tenerme en pie... ¡si notase algo!... ¡si ya sospechasel!...  
¿Tiemblas?
- CAR. De frío.  
ROS. De miedo  
EDUAR. tiembla después la que osada en sus burlas parecía...  
ROS. Me oyó. (Asustada.)  
CAR. Nada.  
ROS. Me oyó.  
CAR. Nada  
ha oído, estás asustada sin motivo.  
EDUAR. (Llamando bajo.) Rosalía.  
ROS. ¿Lo ves?... corre... por favor, corre...  
CAR. Que te llama. (Deteniéndola.)  
ROS. (Queriendo marchar.) Ven...  
CAR. Tú estás loca... ese temor tuyo es pueril.  
ROS. ¡Por amor de Dios!...  
EDUAR. (Más alto.) ¡Rosalía!  
CAR. Ten calma...  
(Medio á la fuerza la hace volver, y van al grupo.)  
EDUAR. Vas muy distraída...  
ROS. No... (Apoyándose como caída en el brazo de Carlos.)  
EDUAR. El Marqués me indicó ahora, hablando de la de Hermida, toda la noche cogida del brazo de ese Almanzora, que es vergonzoso aguantar ese cinismo insultante.  
(Deja Rosalía caer el brazo.)  
MARQ. Eduardo, usted quiere dar á mi modo de expresar un sentido muy distante de mi intención.

EDUAR.

Creo, Marqués,  
que su consejo sincero  
lo habré entendido al revés;  
pero de ese modo es  
como yo entenderlo quiero.

Le dices, pues, á tu amiga,  
porque no he de consentirlo,  
que cese en su torpe intriga.

ROS.

¡Cómo quieres que le diga!...

EDUAR.

Como tú quieras decirlo.

ROS.

No comprendes que es muy fuerte  
que le indique...

EDUAR.

Si se enoja  
se procede de otra suerte:  
al que falta, se le advierte,  
al que insiste, se le arroja.  
No comprendo, al recibir  
gente en casa, vuestros modos.

¿Qué es preferible, reñir  
con un necio ó permitir  
que os juzguen necios á todos?

Si una mujer quiere ser  
desenvuelta, ¿valdrá más  
tolerar que esa mujer,  
libre y torpe, haga creer  
que sois libres las demás?  
No pienso tal; y si un día,  
rastrera en mi huerto hallase  
la mala hierba bravía,  
mi propia mano sería  
la mano que la arrancase.

ROS.

Bien... bien... le hablaré á Almanzora.

EDUAR.

Y á ella.

ROS.

Bien; voy á buscarlos.

MARQ.

(Ofrece el brazo.)

¿Me hace usted el favor, señora?

EDUAR.

Perdóneme usted, que ahora  
quisiera yo hablarle... Carlos  
la acompaña.

ROS.

¿Carlos?

EDUAR.

Sí.

El te trajo y él te lleva;  
esto, me parece á mí  
que es bien natural... Y á tí,

¿te enfada?

ROS. No... no... (Dándole el brazo á Carlos.)

EDUAR.

La prueba

no es ningún vaso de hiel. (Riendo; pausa.)

Tú serio y tú compungida;

habéis cambiado el papel:

parece Almanzora él, (serio.)

tú pareces la de Hermida. (Pausa.)

No sueltes el brazo, no...

si fué una broma... Qué quieres,

no sé darlas... Quien me oyó

cierto estoy que lo entendió,

pues todos saben quién eres.

Y yo más que todos sé,

que es tuyo mi propio daño...

y en cuanto á Carlos... á fe

que yo no encuentro con qué

compararlo.

SECRET.

(A Juanito y Leopoldo.)

Esto es extraño.

JUA.

Parece un sainete. (Bajo.)

LEOP.

O un drama.

EDUAR.

Vuélvete, pues, al salón,

y hazle entender á esa dama,

que cuanto gana de fama

pierde de reputación.

MARQ.

Amigo Eduardo, ya estoy

á sus órdenes... (Mutis.)

ROS.

(A Carlos bajo.) Cercana

viene...

CAR.

Mañana me voy,

y esta sospecha de hoy

se desvanece mañana.

ROS.

Viene la nube... fatal

para mí...

CAR.

Sí; es, Rosalía,

mi corazón tan leal,

que en cuanto me anuncia el mal,

el mal viene... (Se van.)

JUA.

(A Leopoldo.) Se diría

- LEOP. que hay tempestad en la casa ..  
¡Si se quieren con amor  
todos ellos! ¿Es que pasa  
algo?
- JUA. No; pero anda escasa  
la armonía...
- LEOP. Un mal humor... (Se van.)
- DOC. (Entrando, pregunta á José, que sale.)  
¿Y Eduardo?
- JOSÉ Está con Medina.
- DOC. ¿Con el Marqués?
- JOSÉ Sí.
- DOC. ¿Le has dejado  
sólo?
- JOSÉ No temas; confía  
en mi palabra.
- DOC. Después  
te explicaré lo que obliga  
á suplicarte que vayas  
siempre con él.
- JOSÉ No es precisa  
la razón... voy á buscarle... (se va.)
- MARQ. Después de esta confianza  
que usted ha tenido conmigo,  
y que me honra, no pude  
callar más, y se lo he dicho  
á usted con sinceridad:  
todas las noches, yo vivo  
como usted sabe, aquí cerca,  
y al salir para el casino,  
me lo encontraba rondando  
esta calle, y por lo mismo  
que él trataba de ocultarse  
tuve en verle más ahinco.
- EDUAR. ¿Y hace ya mucho?
- MARQ. Hará un mes.  
Pensé en algún amorío,  
y al verlo me sonreía  
como quien ve á un conocido.  
Lo hallé aquí, pregunté el nombre

y me sorprendió quien dijo  
«Carlos Ferrer», un muchacho  
que hoy de América ha venido.  
Me fui á hablar á doña Augusta,  
y me repitió que hoy mismo  
ha llegado. No debía  
yo insistir, y no he insistido.  
Gracias, Marqués.

EDUAR.

MARQ.

Para todo  
puede usted contar conmigo.  
(Dándole la mano. Se sientan.)

#### ESCENA IV

EDUAR.

Te esperaba. (Levantándose.)

CAR.

(Sonriente.) Ya he venido. (Pausa.)

EDUAR.

Sé que hace un mes que llegaste;  
sé que de noche rondaste  
(Carlos queda parado.)

mi casa, hasta amanecido,  
y ya también he sabido  
que no rondaste mi hogar  
como el perro por guardar  
la casa en que halló el sustento,  
sino como lobo hambriento  
que ronda para matar.

CAR.

Aun no te entiendo.

EDUAR.

Ni quiero  
que me llegues á entender;  
basta y sobra con saber  
que yo ahora mismo te espero  
á tí, en el invernadero.  
¿No harás que en vano te aguarde?  
No temas que yo retarde  
ir.

CAR.

EDUAR.

Lo temo.

CAR.

Por mi honor.

EDUAR.

El que pudo ser traidor  
bien merece ser cobarde.

CAR.

Esa afrenta...

EDUAR.

Considera  
si has de juzgarte afrentado

que tan sólo te he llamado  
cobarde, cuando pudiera  
por tu villana manera  
de portarte, sin mentir...  
no, no lo quiero decir;  
que sólo debe insultar  
el que no sabe matar  
al que lo ha sabido herir!  
¿Es un desafío?

CAR.

EDUAR.

Y bien...

CAR.

Iré.

EDUAR.

Te espero. Contigo  
puedes llevar un amigo:  
con otro iré yo también.

CAR.

¿Y á quien llevo?

EDUAR.

Lleva á quien

le agrade más la excursión.

CAR.

¿Y si pide explicación?

EDUAR.

Que le contestes espero,  
la razón de un caballero  
que no puede dar razón.  
Es menester que acabemos:  
de muerte es la ofensa tuya;  
á muerte, pues, que concluya  
este rencor que tenemos;  
defiéndete cuando estemos  
cara á cara y frente:  
tú traidor y yo inocente,  
te llevas la mejor parte;  
tal vez Dios quiera guardarte,  
ya que es Dios quien lo consiente.  
Ahora yo, con la esperanza  
de saciar tanto rencor,  
nervios, sangre, vida, honor,  
cuanto tengo, en la balanza  
puse para mi venganza;  
y pues venciste á traición,  
¡fuera necia compasión,  
fuera piedad, si aun alienta;  
que mi propia voz desmienta  
á mi propio corazón!

(Alza un poco la voz.)

MARY

(Del brazo de Juanito.)

¿Están ustedes riñendo?

EDUAR. ¿Cómo, á tí te se figura?...  
MARY Me pareció...  
EDUAR. Qué locura...  
MARY Darse la mano corriendo  
EDUAR. La mano aun es poco; entiendo  
que los brazos es mejor!  
(Avanzando se abrazan fuerte. Al público dice.)  
¿Cuando sienten un rencor,  
las fieras se despedazan;  
pero los hombres se abrazan  
para vengarse mejor!...

## ESCENA V

DICHOS y JOSÉ

MARY No me convence.  
JUA. Ni á mí.  
MARY ¡Qué manera de abrazar!...  
JUA. Ese es el modo de ahogar...  
JOSÉ ¿Está aquí Eduardo? (Entrando.)  
MARY Aquí...

## ESCENA VI

DICHOS, SEÑORA DE TRUJILLO del brazo de LEOPOLDO

MARY Seguimos nuestro paseo. (A Eduardo.)  
EDUAR. ¿Convencidos?  
MARY Convencidos.  
SRA. DE T. ¡Mary, Mary!... ¿A dónde vais?  
MARY Al comedor con Juanito;  
voy á tomar un helado.  
SRA. DE T. Espera, me voy contigo.  
y ya sabes que no quiero (En voz baja.)  
que tomes helado... Digo  
que no quiero... te hace daño.  
MARY Pero, mamá, ¡qué capricho!...  
CAR. (A Leopoldo, sin soltar el brazo de la Sra. de Tru-  
jillo.)  
Hágame usted el favor

LEOP. de venir á hablar conmigo.  
Cuando deje en el salón  
á esta señora. ¿Aquí mismo?  
CAR. Sí, aquí espero.  
SRA. DE T. ¿Son secretos?  
LEOP. No sé, porque aun no lo ha dicho...  
SRA. DE T. ¿Y usted me lo contará?  
LEOP. ¡Qué duda cabel...  
SRA. DE T. Juanito. (Se van.)

## ESCENA VII

Salen EDUARDO, MARQUÉS, JOSÉ, que forma este grupo, sin dejar que acabe la escena anterior; CARLOS, á poco el DOCTOR

DOC. ¿Estás solo?... (Queda un momento pensativo.)  
CAR. Sí... (Pausa.)  
DOC. Deseo  
saber por qué en el salón  
hay tanta murmuración  
y hacen tanto cabildeo.  
Cuando me acerco á escucharlos,  
fingiéndome indiferente,  
como consigna, la gente  
se calla. ¿Qué pasa, Cárlos?  
Oí en un grupo tu nombre.  
¿Qué dijiste ó qué dijeron?  
no lo sé, porque me vieron  
y callaron. De hombre á hombre,  
dime todo, sin reserva.  
CAR. ¿Es súplica ó amenaza?  
DOC. Lo que tú quieras.  
CAR. La traza  
es de reto.  
DOC. ¿Y qué?  
CAR. ¡Se enerva  
la sangre mía al pensar  
que he valido tanto aquí,  
que sois todos contra mí  
y aun os miro vacilar!  
DOC. Baja la voz: no es preciso  
que se enteren los demás.

Ya sin gritar, hallarás  
quien te conteste. No quiso  
aquí mismo Eduardo ahogarte  
por mis súplicas, ¿lo entiendes?  
¡Por mis ruegos!... ¿No comprendes  
que estará ansioso de hallarte?  
El cedió sólo por mí;  
sólo por no atropellar  
mis canas, y por no dar  
un escándalo hoy aquí.  
¿Y usted me pide?

CAR.

DOC.

Matarte.

CAR.

¿También usted? (Con tristeza.)

DOC.

También yo.

CAR.

¡Los dos!

DOC.

Dí; ¿te niegas?

CAR.

No;

¿para qué?...

DOC.

Yo quiero darte  
el premio á tu villanía,  
antes que pueda Eduardo  
verte... ¡Responde, que aguardo!  
Si respondiese, diría  
una crueldad...

CAR.

DOC.

¿He de temer  
que rechaces, dí, responde?...

CAR.

Dígame usted cuándo y dónde...

DOC.

Hoy mismo, al amanecer,  
y el sitio es igual; lo dejo  
á tu gusto.

CAR.

El que usted quiera.

DOC.

Tienes razón; en cualquiera  
vencerás á un pobre viejo.  
Que ganes tú es lo probable;  
pero Dios á veces quiere  
mostrarse, y entonces hiere  
no al débil, sino al culpable.

CAR.

Bien; no vale la pena  
de negarse á una partida  
donde se juega la vida,  
cuando la vida está llena  
de amarguras.

DOC.

Además;  
como ya acabé de hablarte,

- cuando quieras retirarte...  
CAR. ¿Echarme?  
DOC. Si no te vas...  
CAR. Pues bien; ¡venid á probar  
si llega vuestro poder  
á hacerme retroceder  
de donde yo quiero estar!  
DOC. Más bajo.  
CAR. No.  
DOC. Te defiendes  
á gritos... y hay gente en casa  
que no sabe lo que pasa  
ni debe saberlo, ¿entiendes?  
CAR. Es verdad; mas me cegué...  
Antes necesito hablar  
con Leopoldo y arreglar  
todo esto. Después me iré.  
DOC. Habla con él.  
CAR. Lo preciso;  
que ya el suelo de esta casa,  
como de fuego me abrasa  
las plantas cuando le piso. (Se va el Doctor.)

## ESCENA VIII

DICHO. EL MARQUÉS

- MARQ. Eduardo me ha rogado  
qué le sirva de padrino,  
y espero que usted designe  
quien se ha de entender conmigo.  
CAR. Hágame usted el favor  
de aguardar; vendrá ahora mismo  
Leopoldo.  
MARQ. ¿Y quién es el otro?  
CAR. Ni lo sé; cualquier amigo  
de Leopoldo.  
MARQ. Con nosotros  
viene el señor de Castillo.

## ESCENA IX

DICHOS. LEOPOLDO

CAR. Me bato con el Doctor (Aparte á Leopoldo.)  
y después con Eduardo.

LEOP. Pero, cómo... (Asombrado.)

CAR. Y ahora aguardo  
de usted, Leopoldo, el favor  
de que me busque otro amigo,  
y sin preguntar razones  
me arregle las condiciones  
de esos duelos.

LEOP. No me obligo.

CAR. Pues si usted no es tan amable  
que así me quiera servir,  
no tengo á quien acudir;  
y como es inevitable,  
y son asuntos urgentes,  
si no encuentro dos amigos,  
me iré al lance sin testigos  
ó con dos indiferentes.

LEOP. ¿Y cómo debo arreglar  
los duelos sin excederme?

CAR. El del Doctor, defenderme...

LEOP. ¿Y el de Eduardo?

CAR. ¡A matar!

Con él, ustedes acojan  
todo lo que ellos exijan.

LEOP. ¿Hora y sitio?

CAR. Los que elijan.

LEOP. ¿Y las armas?

CAR. Las que escojan.

(Leopoldo le da la mano y luego vase con el Marqués,  
que aguardaba. Entra José, y Carlos va á él.)

MARQ. Si quiere usted que vayamos  
para hablar al saloncillo,  
allí me espera Castillo.

LEOP. A donde usted quiera. Vamos. (Se van.)

## ESCENA X

CARLOS. JOSÉ

JOSÉ Carlos.  
CAR. Don José.  
JOSÉ ¿Usted sabe  
dónde está Eduardo?  
CAR. No.  
JOSÉ Hace un rato que le busco.  
CAR. Quizás esté en el salón.  
JOSÉ ¡Si vengo de allí ahora mismo!  
CAR. Pues no lo sé.  
JOSÉ Y el Doctor  
me ha dicho que no lo deje  
solo en ninguna ocasión  
esta noche.  
CAR. ¿A usted le ha dicho?...  
JOSÉ No hice más que llegar yo  
para comer, y en seguida  
me suplicó ese favor  
con grandísimo secreto.  
CAR. ¿Y sabe usted?  
JOSÉ Nada, no;  
no sé nada, y además  
me impide la discreción  
hablar...  
CAR. Pero, ¿sin decírmelo  
lo sabe usted?...  
JOSÉ No, señor... (Se va. Pausa.)

## ESCENA XI

CARLOS y ROSALÍA

ROS. Tengo miedo. (Entrando.)  
CAR. Te repito  
que no hay por qué.  
ROS. Necesito  
convencerme sin cesar,

para que calme este grito  
de tu amor, que está maldito  
de Dios.

CAR. ¿Por qué lo ha de estar?

Si es Dios quien al alma envía  
amor y fe y alegría  
ó tristezas y dolor,  
y yo encuentro, Rosalía,  
tu amor en el alma mía,  
¿no vendrá de Dios tu amor?

Y pues logró mi desvelo  
el dulcísimo consuelo  
de encontrar cariño en tí,  
¿por qué con torpe recelo,  
quieres oponerte al cielo  
si el cielo lo quiere así?

\*Luché bajo una bandera,  
\*porque yo creí que era  
\*el premio tu corazón.

ROS. \*Y sin dudar accediera  
\*á ser libre y ser soltera,  
\*mas la ley... la religión...

CAR. \*No. Las leyes las han hecho  
\*hombres que las han deshecho  
\*cuando han querido cambiar.  
\*Dios tu amor trajo á mi pecho.  
\*¡de Dios, pues, tengo derecho  
\*para poderte adorar! ..

ROS. \*Tú sabes que me casaron...

CAR. \*Tú sabes que me engañaron.

\*¡Pues la pena del Talión!

\*Ya mis dudas acabaron.

\*¡Lo que á traición me quitaron,  
\*vengo á buscarlo á traición!

ROS. \*¡Tanto delirio es ofensa!

CAR. \*¿Y ya que me importa?

ROS. \*Piensa

\*en mi madre.

CAR. \*No.

ROS. \*En mí.

CAR. \*No.

\*Todo en mi amor se condensa.

ROS. \*¡Qué infeliz soy con tu inmensa

\*pasión!...

CAR.

\*¿Y no lo soy yo?

\*¡La suerte ajena! ¿Y la mía?

\*Respóndeme, Rosalía.

\*¿Quién se detuvo á pensar

\*si amargaba ó destruía,

\*la de aquel hombre que había

\*dejado patria y hogar?

\*¿Quién entonces se ha acordado

\*del mísero desterrado?

\*¿Nadie fué? Nadie, ¿verdad?

\*Y hoy que la mía he buscado,

\*¿por qué debí haber mirado

\*la ajena felicidad?

ROS.

\*Causa tanto daño verte...

CAR.

\*Egoistas: se me advierte

\*que debo sufrir dolor,

\*para que otro halle al tenerte,

\*una suerte, que es mi suerte;

\*y un amor, que fué mi amor.

ROS.

\*Yo comprendo tu agonía;

\*pero pienso en que podría

\*Eduardo ya sospechar,

\*y yo misma destruía

\*mi dicha.

CAR.

\*Ya es solo un día,

\*pues mañana he de marchar.

## ESCENA XII

DICHOS y EDUARDO

EDUAR.

(Al entrar, Carlos se separa y Rosalía se acerca á él.)

Me figuro sus consejos...

No, no; puede usted acercarse, (A Carlos.)

y usted puede separarse; (A Rosalía.)

ni tan cerca, ni tan lejos.

Vengo ahora del salón

donde la gente murmura,

por no se yo que aventura,

ó que sabrosa invención.



y el odio, y la pasión, y la demencia,  
y el crimen, pero no la indiferencia.  
¿Callas? ¿Qué sientes? La pasión da un grito,  
el odio ruge, la demencia espanta,  
pero tú no hallas voz en la garganta,  
no tienes como míseros despojos  
de ese amor que se va sembrando agravios,  
ni súplicas que suban á tus labios,  
ni lágrimas que caigan de tus ojos,  
cuando hoy debías por la vez postrera,  
como toda mujer, llorar siquiera. (Pausa.)  
Llévala para siempre, si te atreves (A Carlos.)  
á amar á esa mujer, cuerpo de nieves,  
y corazón que no querrá una fiera...

(A Rosalía)

¡Si Dios permite que mañana muera,

(A Carlos)

mi venganza mayor es que la lleves!

¿Morir mañana?

ROS.

EDUAR.

Si lo quiere el cielo.

ROS.

Pero yo no lo quiero...

EDUAR.

(Rechazándola.) ¿Y no pensabas

de arrojarnos á un forzoso duelo

que á él, ó á mí, ó que á los dos matahas?

ROS.

Pero eso es imposible.

EDUAR.

Eso diría

yo tambien de tu infamia, si es que alguno  
que no fuere yo mismo, lo dijera.

ROS.

Te suplico...

EDUAR.

Tu súplica es tardía.

ROS.

Una palabra... un ruego... (Yendo á él.)

EDUAR.

(Retirándose.)

¡No, ninguno!

ROS.

Una plegaria...

EDUAR.

(Retirándose más.) No, ni una siquiera.

La vida de nosotros va jugada;  
en vez de tus lamentos y tus quejas,  
reza por él, ya que por él me dejas;  
pues mañana tendrás en la jornada  
con él la suerte aún; conmigo nada.

(Se marcha Eduardo; Rosalía corre á él y le coge; él  
la empuja y sale. Rosalía, con los brazos abiertos,  
va retrocediendo como espantada. Al ir á caer, Carlos  
la sostiene.)

## ESCENA XV

CARLOS, ROSALÍA, EL DOCTOR y DOÑA AUGUSTA

CAR. Rosalía... Rosalía...

(El Doctor que entra con doña Augusta coge á Carlos, y éste, sorprendido, se vuelve y suelta á Rosalía que cae.)

DOC. ¿Y aun te atreves á tocar á esa mujer?

CAR. Si iba á dar en tierra...

DOC. ¡Atrás!

AUG. ¡Hija mía!

DOC. Que no te cause dolor, (Deteniendo á Carlos.)  
pues siempre llega á caer  
quien entre amor y deber  
se apoya sólo en amor...

(Doña Augusta se levanta y se la va llevando. El Doctor se acerca á ellas y entre los dos se llevan á Rosalía.)

## ESCENA XVI

CARLOS; luego LEOPOLDO

CAR. Si este amor por Rosalía  
no lo ha bendecido el cielo,  
no es mi culpa tanto duelo,  
tanta desdicha no es mía.  
Cuando la pasión estalla,  
no es ya el hombre, es el destino,  
que hace al ladrón del camino  
ó al héroe de la batalla. (Pausa.)  
Por más que perder ha sido  
siempre amargo, debe ser  
más amargo que perder  
pensar en que otro ha vencido. (Pausa.)

LEOP. Uno á las seis lo tendremos: (Que ha entrado.)  
sable es el arma elegida,  
y á la más pequeña herida

del Doctor, intervendremos.  
Y en el otro han exigido  
que á pistola habrá de ser,  
hasta que llegue á caer  
uno.

CAR.                   ¿A qué hora?  
LEOP.                                   Han creído  
que á las siete...

CAR.                                   Está bien.  
(Queda ensimismado. Pausa.)

LEOP.                                   Yo  
que usted descansaría  
un poco, hasta ser de día.  
¡Carlos!... (Llamándole.)

CAR.                                   (Como si despertara.)  
                                  ¿Qué?... Gracias, no.  
Pasé en vela tantas noches  
que una más del mismo modo...  
Sin embargo...

LEOP.                                   No.  
CAR.                                   Bien; todo  
LEOP.                                   está arreglado.

CAR.                                   ¿Y los coches?  
LEOP.                                   Todo está.

CAR.                                   Sólo querría (Marchando lentamente.)  
escribir á aquella anciana  
que me espera en mi lejana  
heredad de Andalucía.  
Aunque olvide á los demás,  
debo decirle siquiera  
á esa madre que me espera,  
que no me espere ya más... (Se van.)

## ESCENA XVII

EDUARDO. EL DOCTOR

Doc.                   Sí, yo entré cuando ella estaba  
con un ahogo tan grande,  
que ni respiraba apenas.  
La he dejado con su madre  
en el gabinete. Ahora  
no he podido preguntarla,

porque casi no respira,  
el motivo de ese ataque.  
He mandado que la acuesten  
y que la den un calmante.  
¿Supongo que no habrás dicho (Intranquilo.)  
nada, que ella sospechase?...

EDUAR.

No, no sospecha de nada...

DOC.

Temí que te arrebatases. (Respirando.)

EDUAR.

Porque ya lo sabe todo.

Te he prometido callarme;  
respetar que hay gente en casa;  
pero al verlos, al hallarles  
juntos y solos los dos,  
sentí una nube de sangre,  
y ya todos los respetos  
no fueron en mí bastantes  
á callarme... (Pausa.) Por fortuna  
no estaba aquí entonces nadie...

## ESCENA XVIII

DICHOS, MARY y JUANITO

MARY

¿En dónde están las figuras  
del Cotillón, Eduardo?

Porque vamos á empezar.

DOC.

(Con mal gesto.)

Creo que están en ese cuarto.

(Vanse Mary y Juanito.)

## ESCENA XIX

EDUARDO, EL DOCTOR y LA CRIADA

DOC.

¿Qué has hecho, hijo? No sabes  
que Rosalía está enferma  
del corazón, y que puedes  
dejarla en el acto muerta?  
Y tú, médico, ¿no viste  
que es tu mujer una histérica,  
propensa á una congestión

pulmonar, y si eso llega  
no hay esperanza ninguna  
de salvación para ella?

EDUAR.

Sí; lo sabía.

DOC.

¿Y lo has dicho?...

EDUAR.

Para ver si la vergüenza  
puede matar...

DOC.

¡Eduardo!

EDUAR.

Yo sostuve con firmeza  
que la alteración nerviosa,  
histérica, exime de pena,  
y lo sostendré mañana,  
que esa es la voz de la ciencia.  
Mas la voz del corazón  
al hablarme de esa ofensa,  
«¡debes matarla!» me grita;  
y cuanto más la recuerda  
más grita: «¡debes matarla!»  
y ese grito es su sentencia.

CRIADA

¡Ay, señorito... por Dios!

DOC.

¿Lo oyes?

EDUAR.

Sí.

DOC.

¡Que el cielo quiera  
ayudarme!

EDUAR.

Sí; que el cielo  
dé vida á quien me da pena.  
(Marchándose el Doctor apresurado.)

## ESCENA XX

EDUARDO

Tanta aspereza vencida  
para crearme un hogar  
donde pudiera pasar  
tranquilo y feliz la vida...  
y el puerto de mi vejez  
lo lleva un soplo de viento,  
cuando ya no tengo aliento  
para empezarlo otra vez.

## ESCENA XXI

DICHO, DOCTOR y AUGUSTA

- EDUAR. ¡Hoy espanto... soledad;  
mañana ni aun esperanza!
- DOC. ¡Ponla en Dios! (Desde la puerta.)
- EDUAR. Sí; confianza  
en ese sér de bondad,  
que me ha hecho comprender  
cómo se puede hermanar  
con la dicha de triunfar  
la amargura de caer.  
(Mientras dice estos versos, el Doctor viene, trayendo  
á doña Augusta, que se resiste á pasar. Cuando con-  
sigue que entre.)
- DOC. Ya era tarde... (A Eduardo.)
- EDUAR. ¿Rosalía?
- DOC. No preguntes: llora ó reza.
- EDUAR. ¿Todo acabó?
- DOC. ¡Todo empieza!
- AUG. ¡Ay, hija del alma mía, (Abraza al Doctor.)  
morir sin decir adiós!...

## ESCENA FINAL

DICHOS, MARY y JUANITO, que entra corriendo con sus bandas  
puestas, y un puñado de ellas en la mano

- MARY ¡Al cotillón... á bailar!
- AUG. ¡No la ha querido salvar (Con reproche.)  
tu ciencia!
- EDUAR. ¡Mi suerte! (Con desaliento)
- DOC. (Con fe.) ¡Dios!
- (Cuadro.—Mary y Juanito se quedan asombrados;  
Eduardo cabizbajo; doña Augusta llorando sobre el  
hombro del Doctor; el Doctor mirando al cielo; Jua-  
nito se quita la banda.)

TELÓN



# DEL MISMO AUTOR



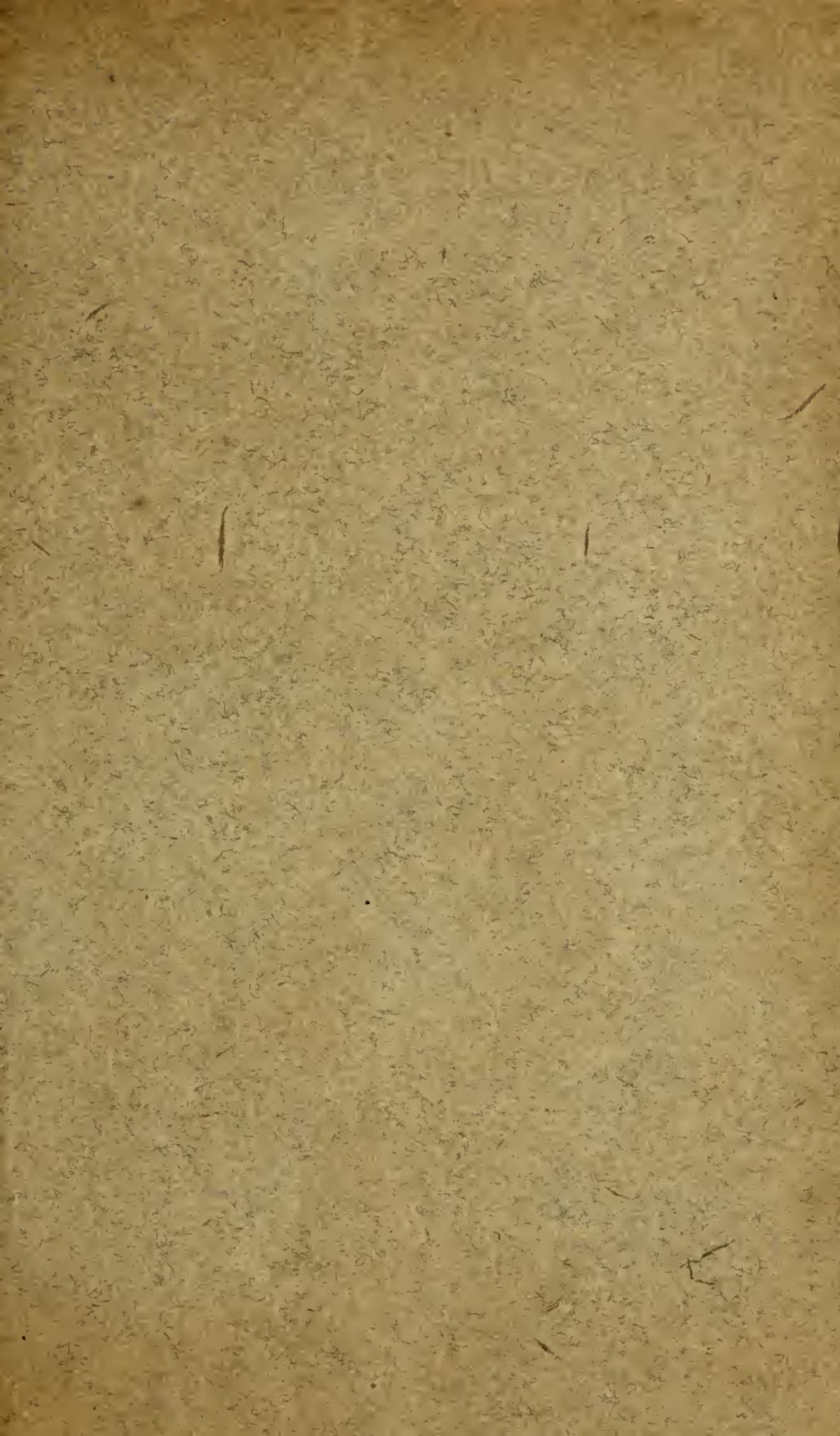
EL CAMINO DE LA GLORIA, comedia en tres actos y en  
prosa.











# PUNTOS DE VENTA

---

## MADRID

Librerías de los Sres *Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los Sres. *Simón y C.<sup>a</sup>*, calle de las Infantas, 18, y del Sr. *Escribano*, plaza del Angel, 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.